

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — N° 349.

Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

SUMARIO.

Los capellanes y los heridos del ejército de Italia; grabado. — Un viaje redondo. — Revista de Paris. — El emperador á la cabeza del ejército de Italia. grabado. — Las banderas austriacas delante de la estatua de la Paz; grabado. — Estudios crítico-literarios. — Entrada del ejército de Italia en Paris; grabado. — Vista general de la plaza Vendome durante el desfile; grabado. — El Payaso. — El emperador y el príncipe imperial en la plaza Vendome; grabado. — Cazadores de caballería de la guardia imperial; grabado. — Granaderos de la guardia imperial; grabado. — Tropa de línea; grabado. — Los cañones austriacos en el patio de Tullerías; grabado. — Boletín científico. — Medalla conmemorativa de la guerra de Italia; grabado. — El banquete imperial en el Louvre; grabado. — Las fiestas del 15 de agosto; grabado.

Consagramos todos los grabados de este número á la representacion de los cuadros, escenas y episodios que ha ofrecido la entrada en Paris de las tropas francesas que tan valerosamente han combatido en Italia. Aunque en la *Revista de Paris* del número 347 habrán leído nuestros suscritores los primeros detalles sobre esta gran fiesta nacional, que ha celebrado con entusiasmo la poblacion de Paris aumentada considerablemente con un crecido número de extranjeros de todas las naciones, damos á mayor abundamiento en este número una relacion circunstanciada y fiel de la entrada so-

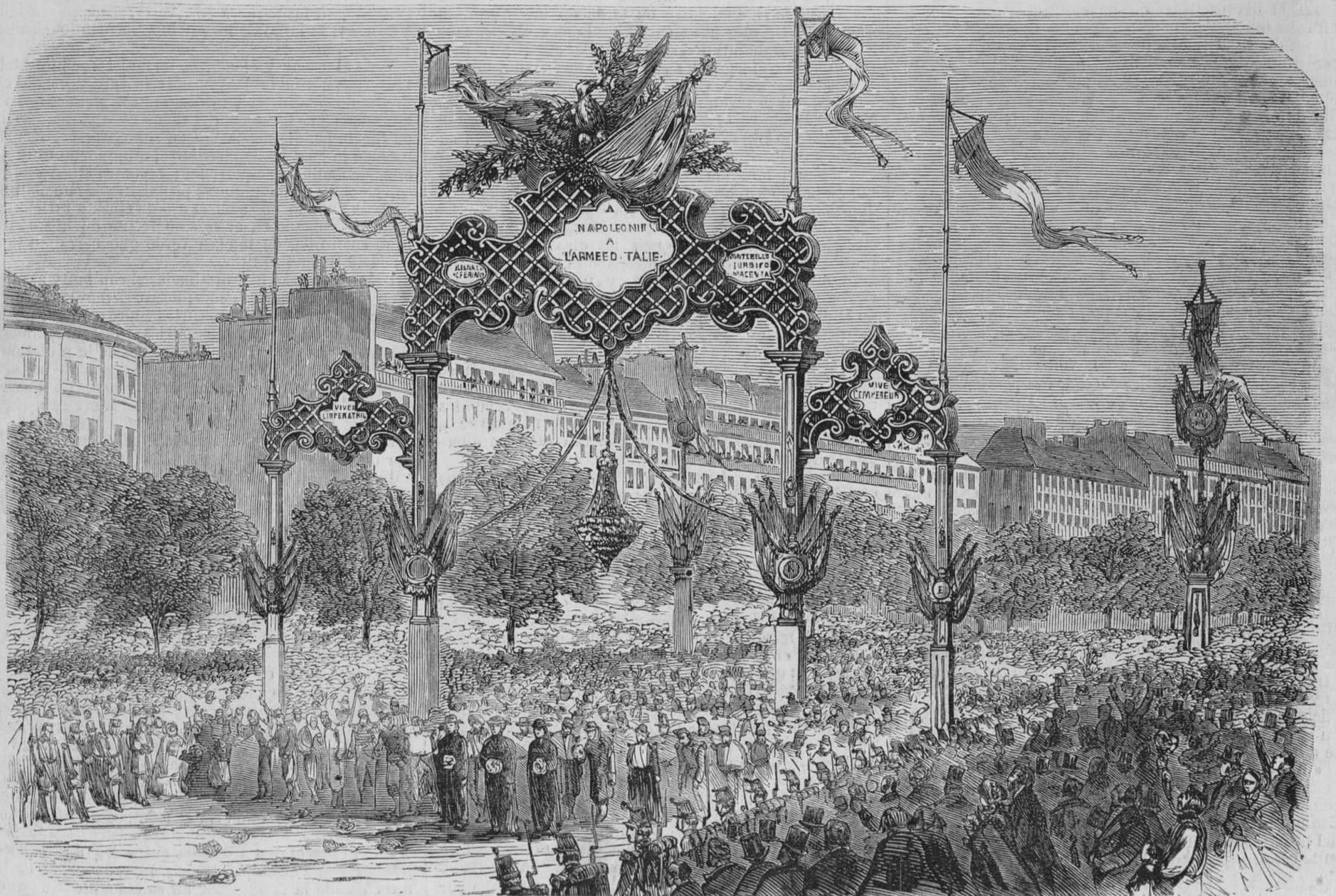
lemne del ejército en esta capital, para la debida explicacion de nuestros dibujos.

Un viaje redondo.

III.

EL BERGANTIN *Pelayo* SE DA Á LA VELA PARA EL PUERTO DE LA HABANA CON 150 PASAJEROS.

En la época á que nos venimos refiriendo, el puerto de Gijon no tenia ni con mucho la importancia que en el día. El ferro-carril, que uniendo las ricas é inagota-



LOS CAPELLANES Y LOS HERIDOS DEL EJERCITO DE ITALIA PASANDO POR EL ARCO DE TRIUNFO DEL BOULEVARD BEAUMARCHAIS.

bles minas de carbón de Sama y de Langreo con el punto de embarque, ha disminuido el precio de los transportes, abaratando considerablemente aquel precioso combustible, principal elemento de la industria y que constituye un tesoro inapreciable para el antiguo Principado de Asturias, no existía ni aun en proyecto.

La huila se trasportaba entonces en caballerías y en carros tirados por bueyes, que á mas de la lentitud y frecuentes entorpecimientos de su marcha, mageraban el combustible y recargaban su precio hasta el extremo de hacer imposible la competencia con los carbones ingleses.

De las fábricas de botellas, cristales huecos, platos y tallados, fundición de hierro, cigarras, sustancias alimenticias, mantecas y quesos imitados á los de Flandes, velas de estercora y cera vegetal, jabones y leja que existen en el día, dando ocupación lucrativa á un gran número de personas y empleo á crecidos capitales, solo se hallaba instalada la primera, montada con mas voluntad que recursos, y que tenía que luchar á cada paso con dificultades, si no imposibles, no muy fáciles de allanar.

En los astilleros del puerto, donde se construyen actualmente bergantines y corbetas de alguna consideración, se veía como por milagro y muy de tarde en tarde sentar la quilla de un pitache ó de un quechamarín de muy exiguas proporciones.

El puerto de Gijón no dejaba sin embargo de ser bastante frecuentado aunque por buques de reducido tonaje, á causa de la estrechez y poco fondo de su dársena, y atendido á que el suelo de esta no era el mas á propósito en algunos parajes para que pudieran quedar en seco embarcaciones finas.

Un número regular de goletas y balandras inglesas entraban en él todos los años á cargar avellanas y castaños, y no faltaban misticos y barcas de nuestros puertos de Levante que llevaban á Cataluña, Valencia y Andalucía el trigo de Castilla y las habichuelas asturianas, y cuyas alegres tripulaciones atraían sobre el muelle con sus músicas, sus bailes y sus cantos gran número de curiosos de ambos sexos.

El comercio de cabotaje con las provincias de Galicia, Santander, Vizcaya y Guipúzcoa y con los puertos franceses, situados entre el Loira y el Adur, era ya entonces bastante considerable y no podía menos de serlo, si se atiende á que Gijón por su situación geográfica y por hallarse al extremo de la única carretera que baja del interior á la costa, tenía que servir de puerto de desembarque á los efectos destinados á la parte central de Asturias y á la provincia de Leon, extendiéndose tambien sus relaciones comerciales á las de Valladolid, Avila y Madrid.

El carbón de piedra, aunque caro puesto en el puerto y recargado despues con unos fletes crecidos, á causa de la pequenez de los buques que lo trasportaban, era ya sin embargo su principal artículo de exportación.

En el día es Gijón un puerto importante al que afluyen muchos y crecidos capitales que aumentan de día en día su movimiento mercantil é industrial, y lo será mucho mas cuando mejorado y ensanchado su puerto cuyas obras deben emprenderse muy pronto, puedan realzarse á los buques de crecido porte, unico medio de abaratar los fletes, destruyendo la principal de las rémoras que se oponen á su engrandecimiento.

En la mañana del día 7 de julio de 1837 se notaban en aquella villa una vida y una animación extraordinarias. Las posadas todas, desde la casa de pupilos mas encopetada hasta el figon mas miserable, estaban llenas de huéspedes; en las calles apenas se podia dar un paso, sin verse detenidos por grupos de forasteros de todos sexos, edades y condiciones que recorrian la población, y cuyo punto de recalada era el muelle. En todos los parajes de la dársena, en el pasaje del Bombé, en la plazuela de la Barquera y en todas las calles que desembocan en estos puntos habia un gentío inmenso cual pocas veces se habia visto.

Aquella tarde debia darse á la vela para el puerto de la Habana el bergantín *Pelayo* con 150 pasajeros; y la salida de un buque con destino á las Antillas es siempre un acontecimiento notable para puertos como el de Gijón, y lo era mucho mas entonces, porque esta clase de viajes tenían lugar de tarde en tarde.

Los pasajeros que debia conducir aquel buque á la capital de la isla de Cuba, y cuya mayor parte la componían jóvenes y niños de diez á veinte años de edad, habian acudido al asomo de un nordeste limpio que corría desde la mañana anterior, y con ellos sus padres, hermanos, parientes y amigos íntimos para darles el último abrazo al poner el pié sobre cubierta, y presenciarse además la salida del bergantín.

Dos meses hacia que el *Pelayo*, recientemente construido en los astilleros de Viaveo, habia entrado en el puerto, destinado desde luego por sus armadores para la carrera de América, y desde el siguiente día de su arribo se habia fijado en todos los parajes públicos de la villa é insertado simultáneamente en los boletines oficiales de las provincias de Oviedo, Lugo y Leon, y en la *Gaceta* y algunos periódicos de la corte el siguiente anuncio:

« El hermoso y velero bergantín *Pelayo* de 150 toneladas, forjado y enpuñado en cobre y acabado de construir en uno de los mejores astilleros de la costa de Cantabria, saldrá directamente para la Habana á fines del próximo mes de junio, si el tiempo permite. A lante carga y pasajeros, á los cuales ofrece las mayores comodidades y el buen trato que tiene de costumbre su acreditado capitán don N. N. Lo despachan en Gijón los señores M. H. y compañía, del comercio. »

Al mismo tiempo que se daba publicidad á este documento por todos los medios posibles, unos cuantos comisionados ó agentes del armador, personas tolas escogidas cuidadosamente al intento y á las cuales se da una cantidad determinada de antemano por cada pasajero que proporcionan, recorrian los pueblos y las aldeas, en un radio de 20 leguas por lo menos, reclutando gente por los medios hábiles y seductores de que saben echar mano.

— La relación de fortunas colosales adquiridas en pocos años en América; la descripción de aquel país, que pintan como un verdadero paraíso en que se encuentra la fortuna sin buscarla, como si las calles de sus ciudades estuviéran empedradas con oro y plata; el ofrecimiento de prontas y buenas colocaciones y la seguridad de un trato exquisito durante el viaje, son recursos casi siempre infalibles para excitar la codicia de los labradores y de las gentes sencillas, y decidirles á que se desprendan sin gran violencia de sus hijos y del todo ó una parte de su fortuna.

¿Tienen dinero para pagar al contado el pasaje? ¿quien? ¿No lo pueden abonar mas que á plazos ó en época determinada? no importa; se extiende una obligación, se hipotecan para el pago algunas tierras, se busca un fiador abonado, y negocio concluido.

Pero como no hay plazo que no se cumpla y como el picado tiempo tiene alas, la hora de pagar llega al fin antes de lo que los deudores quisieran.

La realidad se presenta entonces en toda su horrible desnudez ante aquellas gentes sencillas; los comisionados del armador, antes tan solícitos y cuidadosos de sus fortunas, se convierten en acreedores inflexibles que les impelen al pago sin compasión, que les venden sus tierras y sus ganados, que les dejan á menudo arruinados y sumidos en la miseria, cuando quiz s los hijos, por cuyo bienestar hace tan doloroso sacrificio, han servido de pisto á los peces ó descansan para siempre en los cementerios de la Habana.

Y estos casos que se suceden con harta frecuencia por desgracia y que debieran servir de saludable lección á las gentes crédulas y sencillas, haciéndolas mas avisadas, se olvidan con una facilidad incomprendible. Al asomo de un nuevo buque que se prepara para las Antillas, y de los mismos ó de otros agentes que tienen la habilidad de presentarles en lointanza un porvenir de abundancia y de riqueza sin límites, vuelven á caer en la misma red y á sacrificarse de nuevo, y á perder sus bienes presentes por una dicha que no acierta á entrar jamás por sus puertas, con muy raras excepciones.

No se hacen ya en América por causas que no estamos en el caso de esculirar, las fortunas prodigiosas que algun día; pero no dejan de regresar á su país natal, despues de muchos años de afanes y trabajo, y con un mediano capital, algunos de los jóvenes que corren al Nuevo Mundo en pos de la fortuna. Estos casos, que se repiten muy de tarde en tarde, son sin embargo bastantes á sostener viva la fe y las esperanzas, y sirven de punto de partida á las cuentas galanas con que los comisionados seducen y engañan á los incautos labradores.

Y hé aquí la razón por qué al mes y medio de anunciada la salida del *Pelayo* contaba este buque con 150 pasajeros, la mitad mas de los que podia llevar á su bordo y de los que debiera llevar en conciencia.

Y hé aquí tambien el porqué de la animación y del movimiento extraordinarios que se notaban en la villa de Gijón la mañana del 7 de julio de 1837.

El día estaba magnífico, como lo están casi siempre en aquel bello y delicioso país los días de verano, la mar tranquila, el cielo y los horizontes sin la mas ligera nube que los empañase, y un suave nordeste rizaba ligeramente la superficie de la concha, saturando la atmósfera de una frescura agradable que calmaba la intensidad de los rayos solares hasta en la mitad del día.

La reducida dársena que sirve á Gijón de puerto se hallaba cual nunca cubierta de buques que cargando unos, listos otros para darse á la vela y esperando los mas que los muelles se desocupasen para atracar y ponerse á su vez á la carga, formaban de aquel animado recinto un bosque de mástiles.

El bergantín *Pelayo* sobresalía entre todas aquellas embarcaciones, no solo por la animación que se notaba á su bordo, sino tambien porque desde la salida del sol ondeaba en el pico de su bergantina la bandera española, y en el tope del palo trinquete la contraseña de sus armadores, señal inequívoca de que se disponía á zarpar en cuanto se lo permitiese la marea.

Como hemos de seguir á este buque en su viaje á la isla de Cuba; como nuestro héroe habrá de pasar en él mes y medio por lo menos, como nos proponemos examinar el esmero con que son tratados á su bordo los jóvenes que corriendo tras la sombra de la fortuna se encaminan al Nuevo Mundo sin que les arredien los riesgos y molestias de una larga navegación ni los horrores de una enfermedad endémica que tantas víctimas sacrificaba en la época á que nos venimos refiriendo, ni las influencias del clima americano, tan distinto del clima en que habian vivido hasta entonces, es indispensable que nos traslitemos á bordo y que le reconozcamos minuciosamente de popa á proa.

Era el bergantín *Pelayo* un buque de 150 toneladas, de muy buena apariencia, cuya casaca aparejada y pintada, y los inteligentes le consideraban con regulars propios dados marineros, si bien se sospechaba por algunos, atendida la forma de sus muras y la colocación del palo trinquete algo mas á proa de lo que á un

buque de su eslora convenia, que seria algo sucio con tiempos duros, y que no podria resistir mucho trazo.

Iba á emprender entonces su primer viaje; al venir del astillero distante solo 20 leguas escasas, lo habia hecho con tiempos bonancibles y mar bella, y cuanto se dijese por lo mismo sobre sus buenas ó malas propiedades era cuando menos aventurado.

Su capitán, que contaba en toda la costa cantábrica de buena reputación, habia presenciado y hasta dirigido la crisis rucier; iba á exponer en él su vida, y no parecia natural que hubiese sacrificado las reglas del arte á su capricho.

Pero el capitán del *Pelayo*, á pesar de su buen nombre, tenía un defecto muy perjudicial, aunque muy comun por desgracia entre los marineros; era un tanto presuntuoso; cargaba de trazo á sus buques con el fin de darles mas importancia de la que en realidad tenían, y formaba siempre un empeño decidido en que ninguna otra embarcación le ganase barlovento ni le dejase por la popa, y su amor propio en esta parte le habia arriado á temeridades con gran peligro de la vida de sus tripulaciones y de los intereses confiados á su cuidado.

— Ese buque — decian algunos marineros de la villa examinando al *Pelayo* — tiene una guinda atroz y mas trazo del que puede largar prudentemente, y cada tendrá de extraño que en manos de su capitán puzca la quilla por sombrero á la hora menos pensada. En cambio — añadian sobriendo maliciosamente — cuando corra en popa cerrada con alas y rastraderas por banda y banda con tiempos bonancibles y mar bella, se asemejara visto desde lejos á un buque de trescientas toneladas por lo menos.

A pesar de todas estas murmuraciones, atribuidas por algunos á la envidia, el capitán del *Pelayo* estaba muy contento de su buque. El tiempo dirá quiénes, entre el capitán y los murmuradores, tenían la razón de su parte; á nosotros solo nos toca examinar interiormente el casco del bergantín.

Su puente estaba completamente raso, no tenía á popa toldilla, y por consiguiente no habia sobre cubierta camarotes ni dormitorio alguno.

La cámara, en que apenas podia estar de pié un hombre de regular estatura sin tocar con la cabeza en el techo, no tenía habitaciones independientes en que acomodarse á los pasajeros, estando reducidas todas sus comodidades á cinco cates ó literas situadas dos á cada costado y una detrás de la escalera, y en las cuales, á pesar de no carecer de suficiente anchura, habia que entrar y salir de costado para no romperse la cabeza contra la cubierta, que apenas distaba de los colchones una vara.

Cerrada la puerta, formaba la cámara del *Pelayo* un paralelepípedo rectángulo con diez piés de longitud, ocho de anchura y seis de alto, descontando de la senda de estas dimensiones en la parte inferior, el espacio ocupado por los paños de viveres, situados por banda y banda á lo largo de los cates y formando dos asientos corridos.

Todo el ajuar y el adorno de aquel recinto estaban reducidos á una tabla que tendria vara y media cuadrada de superficie, y que sujeta con goznes al frente opuesto á la entrada y apoyada sobre varas movibles de hierro pendientes de dos de sus extremos, servia de mesa, á la cual podian sentarse, aunque no muy desahogadamente, seis personas; á cuatro sillas de tijera con asientos de lona, que se plgaban y arrimaban bajo la mesa cuando no se hacia uso de ellas, á un pano de banderas colgado en el mismo frente de la mesa y á ocho cortinillas de tafetan verde que cerraban la entrada de las cuatro literas.

Dos de estas estaban destinadas al capitán y al piloto, y en ellas se veían colgados, recorriendo las cortinas, algunos rollos de planos ó cartas hidrográficas, un sextante, un catante, dos catalejos, dos ampolletas ó folejos de arena y varios otros útiles de la profesión.

Á los dos lados de la puerta habia dos pequeñas alhacenas destinadas á guardar el servicio de la mesa de popa, los vinos y liciores, las viandas sobrantes y algunas otras frioleras.

Esta reducida y molesta habitación recibia la luz por un catavento ó claravoya de cristales que se elevaba dos piés sobre cubierta, y cuya base era un cuadrado de cuatro piés escasos por cada uno de sus lados. Y como esta lucera, á pesar de la fuerte alambrada que la circondaba, no podia estar descubierta con tiempos duros sin exponerse á que rombiendo un golpe de mar los cristales, se inundase la cámara con grandísimo peligro para el buque, habia incrustadas en la cubierta dos semilunas de cristal de medio pié de diámetro, que comunicaban á la cámara una claridad, aunque tenue, bastante para distinguir los objetos perfectamente.

Como se ve, la cámara del *Pelayo* no ofrecia grandes comodidades á los pasajeros que quisieran ir en ella, y cuyo número, aun suponiendo que se confirmasen á dormir de dos en dos, lo cual no deja de ser bastante incómodo en la estación cañosa, no podia pasar de seis. Y sin embargo, los armadores del buque habian admitido nueve, asegurando á cada uno que en su casa estaban alojados con mas comodidad y desahogo.

Subamos sobre cubierta y sigamos examinando el bergantín.

En el espacio que mediaba entre los dos palos del buque, y á cuatro piés escasos del puente, se hallaba interceptada la bodega por un soldado provisional que constituia el piso de una habitación limitada por los costados del buque y por dos lienzos de tablas mal uni-

das, y á la cual servía de techo la cubierta. Este local, que no recibía más luz ni aire de ventilación que las que podían entrar por la boca de escotilla, era la habitación destinada á unos ciento cuarenta pasajeros que apenas cabían en ella acostados como sardinas en latas, y en la cual, á pesar de que no podían sentarse en el suelo sin atascarse el techo con la cabeza, habían de vivir tres y medio.

El piso se hallaba dividido de babor á estribor por tablas de cedro á diez pulgadas de alto cubren las verticalmente formando dos hileras de reducidos espacios, á manera de jasebres, y por entre las cuales queda un estrecho paso que corre de proa á popa. Cada uno de aquellos espacios servía de cama á un pasajero, y en ellos podían colocar colchones, jergones ó futones para no sentir la dureza de las tablas; pero han de ser de su propia lá y arreglados á las dimensiones del pesadere, por que en el buque ni se les dará para acostarse mas que el santo suelo, ni les admitirán aquellos objetos si exceden de los límites marcados por las tablas de división.

Si penetráseis, queridos lectores, en aquel reducido y oscuro calabozo, os apresuraríais á abandonarle antes de cinco minutos por miedo de morir asfixiados. Y menos malo mientras permanece abierta la escotilla por la cual, aunque poca, penetra algo de luz, y el aire se renueva algún tanto; pero si llegan á caer durante el viaje cuatro gotas de agua, si se presencian tiempos duros, si las olas se agitan y se rompen al chocar contra los costados del *Pelajo*, habrá de clavarse la única entrada que conduce al soldado, y los pasajeros de proa tendrán que perir hacer allí encerrados, sin ventilación y completamente á oscuras, días enteros.

Y si viérais en qué estado navegan aquellos inteligentes! Pero no adelantemos los sucesos, que ocasionaríamos durante el viaje de bajar al soldado, renunciemos también á visitar el rancho ó camarote de proa en que duerme la tripulación, por no necesitarlo para nuestro objeto, y contentémonos con saber por ahora que el bergantín se hará á la mar dentro de pocos momentos.

Componen el equipaje del *Pelajo* el capitán, el piloto, un contramaestre, seis marineros, cuatro grumetes, dos muchachos ó pajes de cámara y cubierta, un despensero, un cocinero y un cirujano romancista, sangrador y sacamuelas, que se hace dar, y él mismo se da en énfasis, el pomposo título de *Méico del Pelajo*.

Tenemos pues que este buque, capaz escasamente de 150 toneladas, si se arquease con escrupulosidad, lleva á su bordo nada menos que 168 personas, de las que es tengamos noticia por ahora. Y estas personas no van á efectuar un pasaje de dos ó tres horas; van á residir en el buque de cuarenta á cincuenta días por lo menos; van á recorrer en él un espacio de 1.800 leguas.

Los diez pasajeros de proa han satisfecho ochenta duros cada uno por su pasaje, y á los de proa se les han exigido cuarenta ó cincuenta, según los hayan satisfecho en Gijón ó en la Habana, y por este título debe mantenerlos el armador desde la salida del buque hasta que tienda el ancla en el puerto de su destino, sin excluir el tiempo que puede estar de arribada en un punto cualquiera.

La marea ha principiado á bajar; el buque, atracado á sie el día anterior al muelle y muy cerca de la entrada de la dársena, ha desaterrado ya sus velas cuadradas, y se halla sujeto únicamente por una anclera de escasa consistencia, dada á uno de los postes de piedra clavados sobre el muelle. Los pargones todos, desde la casilla del resguardo hasta la boca del puerto por un lado, y desde la capitana de puerto hasta el otro extremo del muelle por el otro, están hacia media hora intransitables y tan llenos de gente, que apenas se podría clavar en ellos una estaca sin atravesar algún pie.

En los primeros se hallaban los pasajeros, rodeados de sus padres, de sus hermanos, de sus parientes mas cercanos y de sus amigos mas íntimos que deseaban abrazarlos al poner el pie en el buque; en los segundos están los pargones, los parientes lejunos y los conocidos, que se contentan con verlos abandonar el puerto.

La entrada de la dársena de Gijón es tan estrecha, que los buques pasan casi rozando las dos escolleras con sus costados, y esta circunstancia, que atrae siempre curiosos á presenciar la entrada y la salida de los buques; contribuía á que á aquel día fuese la concurrencia mucho mas númeroosa que lo de costumbre, puesto que las gentes de á bordo y las que se hallaban inmediatamente á la boca del puerto podían hablarse mientras el bergantín salía.

La campana del *Pelajo* gritó al fin con su acento metálico y penetrante: — ¡A bordo! ¡A bordo! — Y su tañido se perdió bien pronto entre los ecos de mil lamentos, de mil ahogados suspiros, de mil exclamaciones de dolor y del ensajuido de mil besos.

La mayor parte de los pasajeros eran jóvenes y niños de corta edad, y no debe extrañarse por lo mismo que sus parientes mas próximos, y en particular sus padres y sus hermanas, horcasen al da les el último adiós, y se desprendiesen con dificultad de sus brazos.

La campana del buque gritó por segunda vez: — ¡A bordo! ¡A bordo! — y la lancha que debía darle remolque hasta ponerle en franquía, se lanzó ya por la proa dispuesta á bogar, y los grumetes de á bordo saltaron sobre el muelle para soltar la única calenta que apristaba al *Pelajo*.

Fué aquel un momento de confusión, de consternación y de desorden difícil de describir.

Alz minutos tardaron á saltar los pasajeros en saltar al buque que se iba separando del muelle por momentos.

Por fin entró el último, y el bergantín abocó la entrada de la dársena muy lentamente en medio de un clamoroso infierno. Eran tantas las personas que había sobre su cubierta, que si de los pargones entre los cuales pasaba se hubiese arrojado al puente del bergantín una botella, difícilmente habría llegado á caer en la cubierta sin tocar en un cuerpo humano.

Y toda aquella gente, si se exceptúan diez ó doce individuos que debían regresar al puerto en la lancha del práctico y en un bote que se veía amarrado por la popa, debe hacer su viaje en el *Pelajo*.

Es el buque se fué separando de las escolleras con una velocidad progresiva; y cuando ya la distancia no permitía que las gentes de á bordo se comunicasen por medio de la palabra con las de tierra, se agitaron en el aire multitud de sombreros, gorras y pañuelos, y los curiosos se dirigieron en tropel á la alayaya de Santa Catalina, para seguir contemplándole hasta que abandonase la corcha.

Apenas pasada la barra, las velas del *Pelajo* se fueron desplegando é izando una tras otra: la lancha del práctico cesó de darle remolque; el buque se puso á ceñir el viento; las dos embarcaciones que debían volver al puerto tomaron su gente y se separaron de los costados del bergantín, y media hora despues montaba el *Pelajo* á todo trazo y en popa cerrada la punta de Torres, y desaparecía de la vista del puerto.

Nadie que recorriese las calles de Gijón á la Puerta del Sol hubiera sospechado el movimiento y la animación que se notaron en la villa durante el día. La mayor parte de los forasteros, deseosos de caminar durante la noche por evitar las molestias que los calotes ocasionan á los que viajan durante el verano en la fuerza del día, se habían puesto en marcha para sus respectivos domicilios, y todo había vuelto por fin á su estado normal.

BALDOMERO MENENDIZ.

Revista de Paris.

Dos millones de personas reunidas en Paris presenciaron el día 14 de agosto la entrada de las tropas del ejército de Italia, á cuyo acto solemnemente dedicamos todas las páginas de este número. La relación que insertamos en otro lugar dará á nuestros lectores una idea de lo que ha sido esta fiesta nacional; aquí vamos á trazar ahora algunos incidentes de menor cuantía, algunos episodios interesantes que acabarán de probar los sentimientos de esta gran población con respecto á los vencedores de Solferino. — Tomamos la mayor parte de estos hechos que vanos á extraer de las crónicas de M. H. de Audier, sobre los acontecimientos de aquel día.

La cabeza de la inmensa columna que formaban las tropas llegaba á la calle de la Paix en la cual habían penetrado ya los cien guardias.

En aquel momento una hermosa corona arrojada por una mano invisible atraviesa el espacio dando vueltas y viene á caer entre los jinetes.

Apenas tocó al suelo; recogida con la punta de una espada fué lanzada de nuevo en los aires, y describiendo un semicírculo, llegó por fin á caer sobre el casco de un soldado que se apearó de ella con presteza, dirigiendo un saludo general á los balcones.

Despues se puso á examinar el regalo que debía á la casualidad. La corona traía una bolsita de seda de color de rosa y en ella un papel perfumado.

El soldado abrió este papel misterioso y leyó las siguientes palabras:

« A los libertadores de la Italia una joven agradecida: encargo á la casualidad que me procure un esposo; que me traiga esta prenda.»

No conocemos la resolución del soldado.

Otro lance: — Despues de haber desfilado por delante del emperador en la plaza Vendôme, las tropas se volvian al campamento de Saint-Maur por la calle de Saint-Antoine.

Cubiertos de polvo y bañados de sudor, daba lástima ver á los soldados; les inundaban de flores y les aplaudian con delirio: las manifestaciones no podian ser mas lisonjeras, pero un comerciante de novedadesuvo al verlos una inspiración sumamente feliz en aquellos instantes.

Como tantos otros había distribuido ramilletes y vasos de vino á los soldados que estaban sin aliento al cabo de siete horas de marcha; de repente desapareció, entró en su tienda y luego volvió á la calle con un fardo que abrió inmediatamente.

El fardo contenía pañuelos, y el generoso comerciante se puso á gritar:

— Esperad, esperad, amigos míos, os voy á dar pañuelos para que os enjugueis la frente.

Y al hablar así principió á distribuir pañuelos á los soldados que se apresuraban á aceptar el obsequio.

Uno á cada soldado en buena salud; dos á los heridos, y al oficial que quería recibir la fineza, pañuelo de seda con un ramillete.

La repartición duró tres horas, y parece ser que el comerciante distribuyó mas de dos mil quinientos pañuelos.

Este rasgo de generosidad ha procurado al comerciante una admiración en el barrio que sin duda no le será perjudicial para sus intereses.

El dueño de una de las mejores fondas del boulevard tuvo la siguiente ocurrencia:

Mientras las tropas desfilaran por delante de su casa, el fondista arrojó sobre ellas cincuenta tarjetas con una moneda para que el peso de esta las hiciera llegar á su destino.

Los cincuenta soldados que tuvieron la suerte ó la inspiración de tomar en el aire ó de recoger en el suelo las tarjetas,

hallaron cincuenta esquelas de convite para una comida que se dió en la fonda dos dias pasados, una comida opulenta.

Hé aquí ahora dos anécdotas de cuya veracidad responden testigos oculares.

Una señora tenía seis balcones disponibles en el boulevard Montmartre. No hay para qué decir si recibía visitas de sus amigos y sus conocidos en los dias que precedieron á la fiesta.

La dama invariablemente daba esta contestación á todos los que llegaban á su casa:

— No puedo convidar á nadie; mi familia es muy numerosa y ocupará todos mis balcones.

Estas palabras prueban que no tenía intención de alquilar sus balcones como han hecho tantas personas que habitan en los bulevares.

Firme en su resolución advirtió á sus pacientes con uno ó dos amigos íntimos, que se hallaran en su casa el día 14.

Pero había contado sin la huésped, y aquí esta huésped era la originalidad británica.

El día 13 llega una familia inglesa recién desembarcada y bien provista de curiosidad y de guitecas.

— ¿Quiere Vd. alquilarnos sus balcones? pregunta el jefe de la familia.

— No, señor; no cedo yo mi casa.

— La pagaremos bien.

— A ningún precio.

— ¿Está alquilada ya?

— No, señor; pero todos los puestos que hay son para mi familia.

— Concluyamos, exclamó el inglés; ofrezco á Vd. 6,000 francos.

— ¿Qué dice Vd? repuso la dama en el colmo del asombro. ¡6,000 francos!

— Mas aún; 6,500, contestó la familia inglesa.

— Corriente, el trato está cerrado.

La familia inglesa se retira con el corazón rebosando de júbilo; y sin tardar un instante la señora de la casa toma un papel y escribe esta circular á sus parientes y amigos:

« Contra-órden: he alquilado todas las vistas de mi casa. No me llameis avara y escuchadme; me han dado por ellas la enorme cantidad de 6,500 francos, y voy á decirlos cómo emplearé esta suma caída del cielo: destino 6,000 francos á los heridos del ejército que ya no veremos desfilar desde casa, y con los 500 restantes os daré á todos una comida; creo que ninguno de vosotros desaprobará mi conducta.»

Por el pronto hubo murmullos, pero en breve se convencieron todos de que aquel rasgo generoso debía merecer una aprobación franca y completa en la familia.

La otra escena tiene lugar en un pueblecillo de las cercanías de Paris, y las actrices son unas pobres niñas alumnas de un convento y de una sala de asilo.

Van las ocho de la mañana; á su salida de la iglesia las jóvenes saben con desesperación que mientras estaban en misa había pasado un destacamento de tropas.

Por fortuna, poco despues les anunciaron la llegada de una columna de granaderos de la guardia imperial.

Al punto las jóvenes salen al camino con provisiones de vino y de tabaco, compradas en común; llevan además para los heridos dulces y chocolate; por último, dos hermanas habían recibido la vispera un cesto de melocotones y de uvas que distribuyen entre sus compañeras para que cada cual tenga su regalo para los soldados.

En cuanto á las infelices criaturas de la sala de asilo, únicamente pueden ofrecer su comida y la ofrecen con gusto; las opulentas que tienen un sueldo de que disponer compran un cigarro ó un par de bizcochos para los heridos.

Una vez terminados los preparativos, se espera con impaciencia á los granaderos. Al cabo aparecen, y á su vista las jóvenes salían y prorumpen en gritos alegres.

Apenas han entrado en el lugar se ven rodeados de criaturas, y no saben ni á quién responder ni en qué manos de aquellas tomar los obsequios que les hacen. Las mas pequeñas hasta les ofrecen las medallitas de la Virgen que llevan al cuello.

Los granaderos no podian detenerse; despues de haber recibido con efusión aquellos regalos infantiles prosiguieron su marcha saludados por las aclamaciones de las criaturas que estaban acompañadas por todos los habitantes de la aldea.

Esta anécdota y las que preceden bastarian para pintar el entusiasmo que se manifestó en todas las casas de la población francesa el día en que vieron regresar á sus soldados de la brillante campaña de Italia en que constantemente fueron vencedores.

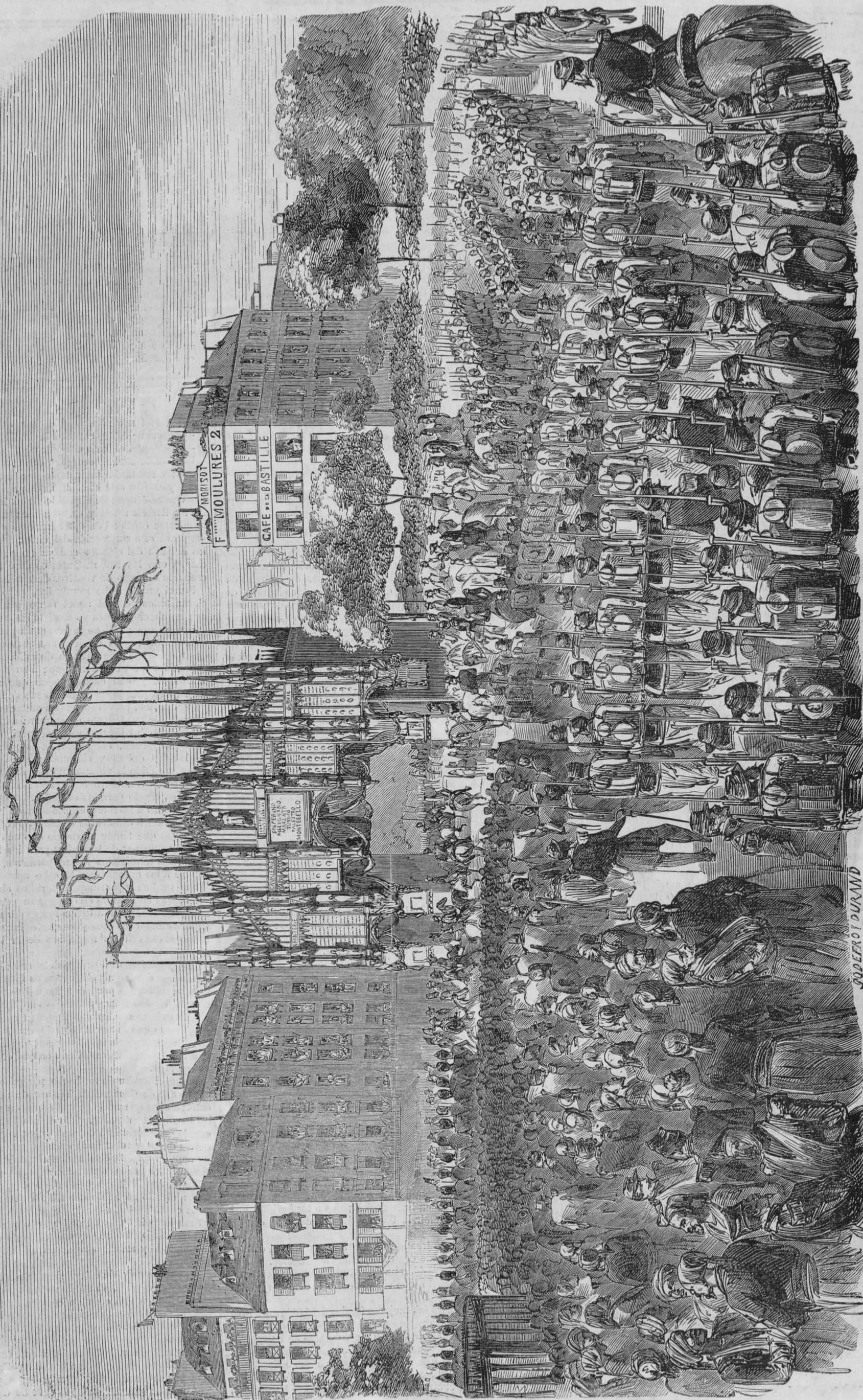
Vamos á hablar de un hecho misterioso ocurrido en Paris en la calle de Grammont. Trátase de un muchacho de unos catorce años que se encontró atado de piés y manos en la habitación de su padre, y declaró lo habían puesto en aquel estado dos ladrones á quienes había sorprendido en el momento de estar robando la casa.

Cuando hizo esta declaración el muchacho dió detalles muy circunstanciados y dramáticos; pero pasados ocho dias se retractó, manifestando que todo lo que había dicho era falso, y que él solo se había divertido en trastornar cuanto había en la casa.

Semejante invención hizo temer que el muchacho tuviera algún instinto perverso, y con el fin de corregirlo, su padre lo embarcó y le hizo emprender un viaje por los mares del Norte.

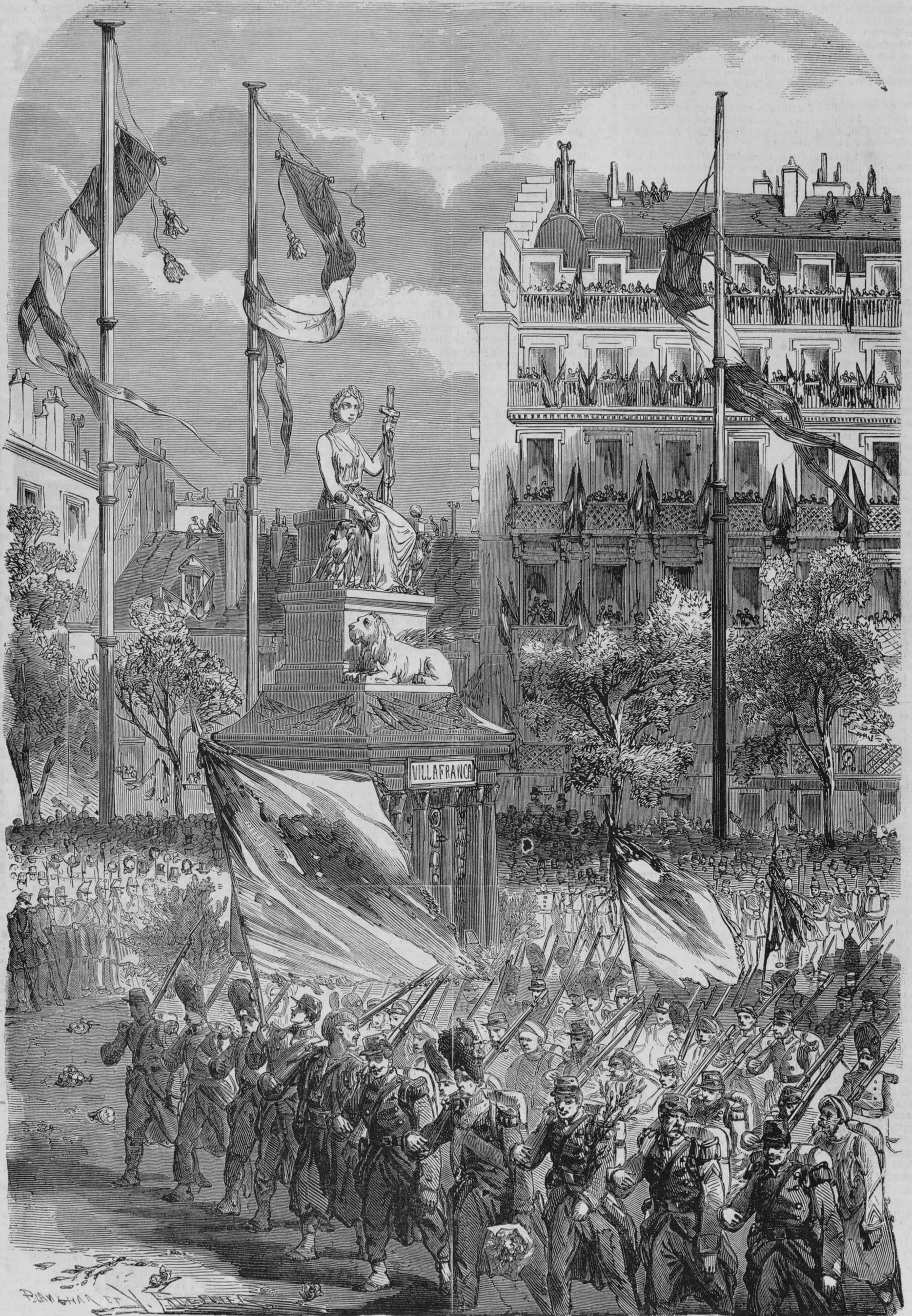
A consecuencia de este viaje y en vista de los buenos informes del capitán, el muchacho llamado Jorge V... obtuvo colocación en una casa de comercio de Sunderland (Inghlaterra) donde dió tales pruebas de capacidad, que á pesar de sus pocos años se le comisionó para viajar por cuenta del establecimiento.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando el domingo de la última semana, el comisario de policía del barrio de los Italianos de Paris, recibió una triple queja de tres jóvenes que vivian en la misma casa de la calle de Grammont, donde ha-



GODEFROY DURAND

EL EMPERADOR A LA CABEZA DEL EJERCITO DE ITALIA PASANDO POR EL ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN LA PLAZA DE LA BASTILLE.



LAS BANDERAS AUSTRIACAS DELANTE DE LA ESTATUA DE LA PAZ.

Ha tenido lugar la escena del mes de marzo, los cuales declararon que les habían robado varias alhajas y algunas prendas de ropa.

Lo primero que hizo el magistrado fué preguntar si habían visto á Jorge en la casa aquel día, y habiéndole respondido afirmativamente los tres jóvenes, mandó á sus agentes que lo buscaran y lo apresarán, lo que con efecto verificaron al otro día.

Jorge sostuvo ante el comisario que nada tenía que ver con el robo que le imputaban; pero apurado con las preguntas que le dirigian, acabó por confesarse culpable y descubrió el paradero de los efectos robados.

Jorge había ocultado algunas prendas y alhajas en el aposento de su padre, y regalado otras á unas mujeres alemanas que apenas le conocian; no había sacado para sí ningun lucro del robo, y el cometerle, había cedido únicamente á un mal insinto inexplicable.

La justicia, en cuyo poder está hoy, le pondrá sin duda á buen recaudo para corregirle de unas inclinaciones tan perversas, que por fortuna son raras en los jóvenes de sus años.

Vamos á trazar ahora un cuadro de costumbres parisienses, trasladándonos para ello á uno de los tribunales civiles del Sena.

Días pasados salieron á relucir los nombres de un marqués y una marquesa muy conocidos en los altos círculos de París, con motivo de unas deudas que fueron detalladas ante el tribunal en estos términos: Un comerciante de lienzos reclamaba á los marqueses 4,579 francos; — un zapatero, 1,476; — una modista, 1,354; — un comerciante de novedades, 4,361; — una lavandera, 903; — un camiserero, 4,757; — una costurera; 1,448; — un platero, 1,269; — un papelerero, 723; — un sastre, 1,857; — un joyero, 9,957; — una encajera, 9,648 — y una planchadora, 2,602.

Nueve abogados expusieron al tribunal los objetos que sus clientes habían vendido á la marquesa cuyo pago pedian contra ella y su marido, este último en calidad de jefe de la casa.

La marquesa vive separada del marqués, quien le pasa una renta anual de 30,000 francos.

Su existencia lujosa engañó á los comerciantes que la creyeron con grandes recursos; además, no conocian ni podian conocer la situación respectiva de los dos esposos, y por consiguiente fiaban en la marquesa, que declara no hallarse en estado de satisfacerla.

Por otra parte, en vista de los documentos existentes el marqués está en la obligacion de pagar, porque todos recaen sobre gastos de comunidad, y atendiendo á la posicion de la marquesa no se pueden reclamar por lo exagerados.

El abogado de la marquesa reconoció la autenticidad de las facturas presentadas, manifestando que su cliente las hubiera pagado si recibiera de su marido una pension suficiente para cubrir sus necesidades, y que en todo caso tocaba á la comunidad, ó sea al marido, el satisfacer las justas exigencias de los acreedores.

El tribunal aplazó el fallo de esta causa.

MARIANO URRABIETA.

Estudios crítico-literarios.

ARTICULO II.

(Conclusion)

Ejemplos como los que nos presenta nuestro insigne poeta é historiador don Diego Hurtado de Mendoza ocupando el tiempo libre que le dejaba su embajada en Italia en gastar considerabilísimas sumas en la compra de manuscritos griegos, y pidiendo al sulán de Constantinopla por especial favor y en cambio de finzas recibidas, gran cantidad de preciosos restos de este idioma, y entre otros los de las obras del historiador hebreo Flavio Josefo; ejemplos como estos los registra frecuentemente nuestra patria literaria y nos ponen de manifiesto no solo lo que á primera vista aparece, la afición de nuestros antepasados al estudio y cultivo de la literatura griega, sino tambien el próspero estado á que, merced á tales parciales y generales esfuerzos, habia llegado este género de clásicos conocimientos.

Y esto nada de particular ni extraño tiene; que tal era á la sazón la general corriente de las ideas. Con la toma de Constantinopla por los turcos á media hora de la anterior centuria (1453), multitud de griegos, huyendo de la tiranía del poder musulmán abalaron á sus arruinados hogares y desiertas escuelas, vinieron á Europa á fijarse en el país, que por las condiciones topográficas, igualdad de clima y semejanza de ideas y costumbres, les ofrecia un hogar analogo al suyo; la bella, á rica, la esplendente Italia, el país de la poesía y de la luz, donde el cielo es despejado y el aire perfumado y tibio, como el que se respira bajo el cielo riente de Grecia.

Demetrio de Otrona, Manuel Chrysólaros, Constantino Lascaris, que hizo un epitafio magnifico á la sentida muerte del único hijo varón que el cielo inicamente otorgara á los Reyes Católicos, el príncip. Don Juan; célebre profesor de lengua griega en Nápoles, Milan y Messina, y autor de la primera gramática en este idioma publicada en Occidente despues de la invencion de la imprenta, y de la que nuestro dignísimo profesor y eminente helenista, don Lázaro Baidon y Gomez, ha formado los primeros rudimentos gramaticales que misian su excelente obra de texto, las *Lecciones griegas*; estos célebres profesores que ahora recordamos, y otros mil que pudieramos citar y que cuidadosa la historia literaria de estos hechos consignó en sus apuntes, abrieron escuelas en esta hermosa parte de la Italia meridional, y enseñaron en ella su divina lengua con generalísimo aplauso y calorosa aceptación.

Claro está que cuando la Europa toda de Occidente corría, por decirlo así, áhnelante y frenética á alistarse bajo las banderas de estos y otros célebres maestros; cuando las miradas de los sabios todos se convertian hacia el estudio de tan nuevo como desconocido manantial de belleza clásica literaria, nuestra hermosa patria, á la sazón tan pujante y briosa, no fué insensible á tan general movimiento intelectual, y que ella tambien, á semejanza de las demás naciones, corrió en pos de los nuevos despejados horizontes que por doquier resplandecian. Las palabras de Pablo Jove y Erasmo que verídicas y textuales hemos citado, son prueba manifiesta de ello. Y si nuestra nobleza, si los miembros de nuestras principales y mejor acomodadas familias cultivaban con tan especial esmero las clásicas antiguas letras latinas y griegas; si el hijo del conde de Paredes, Alfonso Manrique, enseñaba el idioma de Homero en la universidad de Alcalá; si el erudito maestro Pedro Martí, en sus interesantes epístolas, nos dice que todo el día su casa (vivía á la sazón en Zaragoza) estaba llena de jóvenes nobles, entre los que cita á varios, quienes retirados, son palabras suyas, de otros objetos ignobles están entregados de conti no al estudio de las letras; ¿podremos, y con razon, sostener que el estudio de las letras griegas, simultáneo al de las latinas, estuvo en esta época á igual altura que en los demás países de la culta Europa, y que es falsa, de todo punto falsa, la célebre imputacion que hacian á nuestros sabios del siglo XVI los Padres del concilio de Trento, de no ser mas que tal cual regulares latinos?

No necesitamos de nombres propios ni de textos y ejemplos para comprobar nuestro aserto.

Sin embargo, diremos algo sobre este particular si quiera sea breve y á grandes rasgos trazado, para demostrar la exactitud de lo que venimos indicando acerca del prodigioso adelantamiento de estos belénicos estudios en nuestra patria, y para que los ilustrados lectores de la *Revista* no se crean chibatos, como suele decirse en las escuelas, *á jurare in verbi magistri*.

Es cierto, y nosotros complacidos nos apresuramos á reconocerlo así, es cierto que en este movimiento general que en el citado siglo se desarrolló en nuestra patria hacia los estudios clásicos ya la mos, ya griegos, la iniciativa partió vigorosa y fuerte de los extranjeros, de los italianos, con quienes á la sazón nos hallábamos en comunicacion continua y completa, y de quienes podemos decir que desde la anterior centuria, sobre todo los de la parte meridional, posesion nuestra, venian siendo una colonia de España, que regia á su aliojo los abizarras los destinos de sus múltiples estados. En efecto, los hermanos Antonio y Alejandro Galdino, maestros de las cuatro hijas de la reina Isabel, que por cierto fueron muy buenas latinas, como queda dicho; el piadoso Pedro Martí, una de las mas brillantes ilustraciones clásicas italianas de aquella época, de tan gran saber como noble alcurnia, á quien de orden de la reina (que invitaba á que viniese á su patria á todos aquellos que podian ilustrarla con sus talentos), se trajo desde Roma á España nuestro docto embajador conde de Tendilla; Pedro Martí, que enseñó latin, griego y humanidades en Valladolid, Zaragoza, Barcelona, Alcalá de Henares, y otros puntos; profesor elegante de nuestra castellana nobleza que llenaba su casa y pobaba sus aulas, y á la que inspió el gusto de los clásicos estudios; erudito estimable, y autor de varias excelentes obras, entre las que se cuentan su celebrado *Opus epistoliarum*, trabajo de muy su alto precio para los acontecimientos políticos y literarios de la época que comprende (1488 á 1525), sobre los cuales arroja inmensa luz de claridad y exactitud histórica; el siciliano Lucio Marineo, erudito no menos celebrado que Martí, venido como él á España por el celo inteligente de la primera Isabel, insigne profesor primero de la universidad de Salamanca, que ovó alenía durante doce años sus lecciones sobre poesía y gramática, y despues sabio expositor en la corte de Castilla, de los antiguos clásicos grec-latinos; Sículo, autor notable de una obra importantísima para la historia íntima de nuestro país, en el reinado fecundo de los dos reyes, *De rebus Hispania memorabilibus*; es os y otros célebres eruditos italianos, si no despertaron del todo entre nosotros, que esto no puede con razon asentarse, pues que ya á fines del siglo XV y principios del XVI se notaba en nuestros literatos, y principalmente en los poetas dramáticos, grande aplicación á los estudios clásicos y extraordinario cuidado en amoldar sus aun mal arriogadas concepciones literarias á las de los antiguos, si no despertaron del todo, repetimos, la inteligencia de nuestros compatriotas hacia este linaje de estudios procedentes de la antigüedad, imprimiéndole al menos notabilísimo impulso, y elevándole á la envilible altura en que el gran Erasmo los veia colocados cuando decía que debian servir de modelo á las mas ilustradas naciones de Europa; é testimonio misique que puesto en boca de Erasmo, que no tenia nada de afecto á los españoles, es por demás curioso y significativo.

Con tan ilustres ejemplos, en pos de tan inteligentes guías, la juventud española ya de antemano preparada y dispuesta, dióse con extraordinario aliento al estudio de los nuevos elementos de belleza casira que en este siglo de Julio II y Leon X por todas partes se manifestaban. Fácil y ruidosa no sería citar nombres propios, aun no quedar hechos que con probas de la exactitud de nuestros asertos. En literatura como en jurisprudencia, en política como en teología, el parecer individual, la opinion aislada cede siempre ante la majestad terrible de los hechos.

Muchos nombres ilustres de aquella época registra nuestra historia literaria; muchos y muy célebres pudieramos consignar; citaremos tan solo algunos, que grandes de por sí, son como las pirámides de Egipto que, aunque es asaz, revelan á los siglos la existencia de una gran civilizaci6n pasada, como las resultantes de una gran fuerza intelectual esparcida por nuestro suelo en el período á que nos referimos. Antonio de Lebrija, uno de los mas activos y eruditos literatos de este tiempo; acreditado discípulo, primero, de Salamanca y Bolonia, distinguido profesor despues de gramática y poesía, es decir, de dos ciencias á la vez, cosa rara á la sazón y hasta nunca vista, en la primera de ambas universidades y mas tarde de clásicos antiguos en la fundacion literaria del ilustre franciscano; Lebrija, profesor estudioso y autor incansable que escribió numerosas obras sobre variedad de asuntos, historia, lenguas, literatura, matemáticas, jurisprudencia, medicina, teología, etc.; reputado como artista de Virgilio, Persio, Juvenal, Plinio, y otros clásicos; inteligentísimo y enciclopédico gramático que escribió excelentes, y entonces como ahora, reputados métodos ó trataos para aprender el latin, el griego y el hebreo; gramáticas, métodos, tratados, ó como se quiera que mas tarde y con los del maestro Sanchez sirvieron de norma á los no menos celebrados de los solitarios de Port-Royal, á los de Lancelot, Nicole, Arnaldo, Saci y demás compañeros de apartamiento y estudio; el valenciano Luis Vives, gran sabio que con Bude y Erasmo de Rotterdam, forman, segun los autores, el trívivato de la república de las letras en el siglo XVI, en ese clásico siglo que tantos hombres notables produjo; afamado profesor de Lovaina, y maestro de latin de Moría, reina de Inglaterra, aquella celosa católica que tanto persiguió á los protestantes y que con ese objeto vino á ser segunda esposa de nuestro Felipe II; Vives, escritor no menos laborioso, y autor recomendable de obras como sus *Comentarios á la Ciudad de Dios de San Agustín*, y sus *Tratados sobre la decadencia de las artes y de las ciencias*, y *el de Heligium*; el maestro Francisco Sanchez, el famoso Broense, padre de la lengua latina, el autor de todos los literatos que así se le han ó entencen, autor de la *Minerva, sire de casus lingue latinae*, obra modelo en su género, fuente abundante de la ciencia gramatical de los tiempos modernos y de la que, como hemos indicado, tomó Lancelot gran parte de la base á doctrina que nos ex, que en su *Metodo de la lengua latina*, y que muchas veces han debido tener presente los gramáticos posteriores Dumarsais, Condillac, Baudouin, Destut Tracy, Huet, Millaud y otros; Sanchez, como los anteriores autor incansable, de excelentes escritos; *El arte de hablar y la manera de interpretar los autores*, y variedad de obras gramaticales de las que no es posible en este momento hacer detallada enumeracion; el P. Pedro Simon de Abril, uno de los mejores humanistas que decoran el Paraíso clásico español, tan buen helenista como consumado latino, traductor en excelente prosa castellana de las comedias de Terencio y de algunas producciones del teatro cómico y trágico griego; el maestro Fernando Perez de Oña, distinguido profesor de filosofía moral y matemáticas en la universidad de Salamanca, reputado filólogo, celoso amante de la antigüedad clásica, principalmente la griega, y cuyas buenas traducciones de algunas de las inmortales obras de Sófocles y Eurípides le han merecido la reputacion de sabio helenista; Fernando Muñoz de Gznan, el *Monius ó Pinguius* de nuestra historia clásica del siglo XV, afamado estimulador y protector de las letras griegas, de las que era perfectísimo inteligente en nuestra patria; excelente profesor de letras humanas en las universidades de Alcalá y Salamanca, y célebre comentarista de Plinio, Pomponio Mela y Séneca; nobles títulos aparte de la nobleza de su alcurnia, á los que ha añadido el no menos galano de haber sido, en gran parte, el autor de la version latina de la Poesía de don Alonso de Ercilla; los dos célebres hermanos Juan y Francisco Vergara, catedráticos de Alcalá, distinguido el uno por su profunda erudicion en las letras hebreas, de la que dió palpable muestra en su revision del texto hebreo de la Vulgata en la citada obra inmortal del famoso Cardenal; ilustre el segundo por ser, segun la expresion de un autor moderno extranjero, reputado por uno de los mas profundos eruditos de su siglo; Oliverio, de vastísima erudicion, é inteligente ilustrador de Cicero y otros clásicos latinos; los sabios portugueses Arias Barbo y Tomás Cortes, que podemos tambien considerar como glorias nuestras, distinguido el primero por ser excelente helenista, el primer helenista quizá de su tiempo, por haber enseñado en Salamanca, con general aplauso, durante cerca de cuarenta años, segun los autores, el griego y la retórica, y haber hecho en favor del idioma de Homero lo que Lebrija, su contemporáneo, hizo por la lengua de Virgilio; nota de él segundo por haber sido uno de los grandes profesores de estudios gramaticales con los que se enorgullece la universidad de Bolonia en este siglo XVI, y su variedad de obras latinas en prosa y verso: todos éstos en una palabra, y otros mil que pudieramos citar pe tentados en su mayor parte á los clásicos siglos XV y XVI, celosos cultivadores de las humanas letras especialmente de las latinas y griegas que siempre con ellos juntas, son nombres venerables, nombres respetables y augustos, que á la vez que se nos muestran aya en el pináculo del saber, radiantes de gloria merita para excitar nuestra admiracion y estimulo, corroboran lo que venimos á la mano diciendo en el transcurso de este largo artículo acerca del prodigioso adelanto á que

dichos helénicos estudios, que estos nuestros ob j e'cel probar, habían llegado en la época gloriosa á que nos referimos.

Por lo demás, es un hecho constante que los nuestros buenos latinos, que to los nuestros humanistas de mayor renombre, sea cual fuese la época, período ó faz de nuestra historia literaria á que pertenecían, y cual mas, cuál menos, han cultivado con éxito las letras griegas, y el suave armonioso y divino idioma en que Platon, el poeta filósofo, Píndaro, el águila de la poesía lírica, Sócrates, la abeja ática, Demóstenes, el terrible vencedor de Filipo, escribieron sus inmortales producciones.

Nada de incierto ni exagerado tiene el asentar que Gerónimo de Gracian, Ferraraz Zúñiga, Ramirez y otros humanistas, discípulos ó maestros de la universidad de Alcalá, pero todos distinguidos hijos suyos, hayan con mayor ó menor éxito cultivado el idioma de Homero. No es inverosímil que gramáticos de tan justa nombradía como los doctísimos jesuitas Melchor y Juan Luis de la Cerda, profesor, el primero, de bellas letras, de filosofía y teología en Sevilla por espacio de treinta años, y autor de excelentes obras latinas, entre otras, sus importantísimas de *Apparatus, latini sermonis, Campi eloquentiae*, etc., y el segundo, notable por sus comentarios sobre Virgilio y Tertuliano, obras voluminosas, obras extensísimas que parecen hechas para man tener á las futuras generaciones los trabajos colosales de los que les precedieron, y autor probable, al menos en el entendido sentir de los modestos hijos de San José Calasanz, del arte gramatical que corre bajo el nombre de Nebrija ó Lebrija; opinión que el erudito don Nicolás Antonio en su Biblioteca nueva acrege con gusto y cuya demos ración ofrece á sus lectores; no es inverosímil, repetimos, que estos distinguidos gramáticos y otros como Francisco Tamara, Mayano y Sisar, Iriarte, Calixto Homero, Cayetano Losada y demás cultivadores de la ciencia del lenguaje que hizo en días anteriores célebres á los citados Lebrija, Sanchez Brozas, Simon Abril, Co reas, Lancelot y Vassio, hayan dedicado gran parte de sus laboriosos afanes al estudio de una lengua que fué madre fecunda de aquella cuyas reglas establecieron y cuyos sólidos principios con sumo acierto asentaron.

Tampoco es, finalmente, acertado el creer que nuestros grandes sabios, nuestros atamados eruditos, nuestros elegantes escritores latinos. Alfonso García de Matamoros, prodigio de su siglo, el XV, erudito á la temprana edad de diez y siete años; Luis Molina, gran teólogo del siglo XVI, profesor en Evora y en Coimbra y jefe de la famosa escuela de los molinistas, rival y enemiga acérrima de la de los tomistas; Francisco Suarez, como el anterior, de la Compañía de Jesús, profesor también en este último punto y en Alcalá, Salamanca y Roma; Melchor Cano, doctor eximio, y en nuestro concepto el mejor latino de su siglo y el mas correcto escritor castellano en este idioma; Gabriel Vazquez, el Agustín de España, profesor en Roma y Alcalá, y con Melchor las dos grandes lumbreras de la teología en este siglo; los padres fray Luis de Granada y Juan de Mariana, el primero el Ciceron español, y el segundo el Tito Livio; fray Luis de Leon, docto profesor de teología en Salamanca, tan buen helenista y hebraizante como correcto escritor en el idioma del Lazio, y principio, en nuestro entender, de los prelas líricos castellanos; Alfonso de Madrigal, el Testado, una de las grandes glorias de la universidad de Salamanca, maravilla del mundo segun la expresión de Belarmino, profundo teólogo y gran justador contra rabinos y mercedor del siguiente epitafio: *Hic stupor est mundi, qui scibile discutit omne*; Tomás de Villanueva; Niefernberg, etc., etc., y otros mil de larguísima cuanto excusada enumeración, tampoco es de creer decimos, hayan desconocido por completo las grandes bellezas filosóficas, literarias, artísticas de todo género que entrañan el idioma y letras griegas.

En los siglos á que nos referimos, siglos gloriosos para nuestros estudios clásicos, literarios, filosóficos, teológicos, etc., no era posible que nuestros sabios desconociesen la importancia del estudio del idioma griego, ni que ignorasen el elogio que de él hace el gran padre San Agustín (*Civ. Dei*, lib. 8, cap. 2); ni lo que del mismo dijo Daniel Pareo: *sine lingua græca nemo viri docti nomen bono titulo usurpare potest*; ni lo que asienta Ciceron, llamando rotundamente bestias á los que de su estudio prescindían (*De Oratore*, lib. 2, ni finalmente, la sangrienta burla que nuestro español Morcial hace de aquel que, teniendo á cada paso que tropezar en el estudio de las ciencias con palabras y vocablos griegos, ignora su significado.

¿Rusticus es? Nesci. quid græco nomine dicar,
Summa vocor litteri, græcus es ἀπροντρεν.
(Lib. 14, Epig. 58.)

En el tercero y último artículo trazaremos el curso de estos estudios, desde el último tercio del pasado siglo, es decir, desde los tiempos felices de Carlos III hasta nuestros días.

ANTONIO DE AQUINO.

Entrada del ejército de Italia en Paris.

No había rayado el alba todavía el 14 de agosto, y ya Paris ofrecía un aspecto de que es imposible formarse idea. Un gentío inmenso, venido de todos los depar-

tamentos de Francia y de todas las ciudades y pueblos, aun los mas distantes, circulaba por las calles y los bulevares. Duraró todo el día y la noche precedentes; los convoyes de las diferentes líneas de ferro carriles llegaban á la capital llenos de ingleses belgas, holandeses, prusianos, alemanes, españoles, etc., etc., que no encontrando ya donde hospedarse, acampaban en las calles y plazas. A las siete de la mañana, las aceras donde muchos curiosos habían pasado la noche cantando, las ventanas, las gradas, los balcones, los terrados y los tejados estaban cubiertos de espectadores, y antes de las ocho era imposible circular á lo largo de la carrera.

El gobierno, la municipalidad de Paris y los particulares habían rivalizado en celo para desplegar en el camino que debía seguir el ejército las columnas, los trofeos y los arcos triunfales. En todas las ventanas y balcones ondeaban banderas, y á cada paso había inscripciones que recordaban hechos gloriosos.

A las tres y media de la mañana se había tocado diána en el campamento de Saint Maur, y todos los cuerpos allí reunidos se pusieron en movimiento á fin de formar en columna cerrada en los puntos que precedentemente se les había señalado.

A las ocho el ejército que guarnecía á Paris y la guardia nacional estaban cubriendo toda la carrera; los guardias nacionales llevaban en la punta de su fusil coronas de laurel y ramilletes. La decoración de la magnífica vía de una longitud de 6,400 metros que debía recorrer el ejército, comenzaba en la barrera del Tro-no. El primer arco triunfal se elevaba entrete de las dos columnas que sostienen las estatuas de San Luis y Felipe el Hermoso, y se componía de cuatro grandes postes de 20 metros de elevación con chapiteles dorados, de los cuales pendían infinidad de oriflamas tricolores; bajo la bóveda de verdura se leía: «Al Emperador, al Ejército de Italia. — Solferino, Melegnano, Magenta, Turbigo, Palestro, Montebello.»

Una magnífica portada coronada con una torre almenada se alzaba en medio de la plaza. En los cuatro lados se leían los nombres de las seis victorias, y en una habia un palo colosal con una oriflama y cuatro águilas doradas. Seis grandes palos empavesados se elevaban á la entrada del arrabal de Saint Antoine.

La municipalidad había mandado levantar en la entrada del boulevard Beaumarchais, frente á la plaza de la Bastilla, bajo la dirección de su primer arquitecto M. Baltard, un arco triunfal espléndido que representaba la portada de la célebre catedral de Milan.

El arco representaba pues en sus dos fachadas la curiosa portada del monumento con sus chapiteles, estatuas, bajos relieves y columnitas. Numerosos gallardetes revoloteaban encima y debajo de las arcadas, é infinidad de magníficas guirnaldas de follaje describían sus graciosos arabescos. Sobre el frontispicio se leían en grandes letras:

AL EMPERADOR.
AL EJÉRCITO DE ITALIA.
LA CIUDAD DE PARIS.

Debajo, en letras menos grandes, los nombres de las seis batallas, y á los lados, en unos letreros separados por columnitas:

A la izquierda: *Infantería, caballería*, con los nombres de los regimientos que han tomado parte en la campaña. La infantería cuenta 75 regimientos y la caballería 38.

A la derecha: *Artillería, ingenieros*. La primera de estas armas estaba representada por 20 cuerpos y la segunda por 27.

Esta decoración, nueva para los parisienses, ha producido un efecto tanto mayor cuanto que ha sido ejecutada con rara habilidad.

Al extremo del boulevard Beaumarchais, ricamente empavesado, se elevaba el tercer arco triunfal construido por el estilo moreesco, con tres grandes portadas y dos menores, y coronado con un águila de oro colosal. Los nombres de las batallas se hallaban inscritos en medallones adornados de flores.

Todos los teatros estaban lujosamente decorados y llenos de inscripciones. En el boulevard Bule-Nouvelle sobresalían dos altas columnas elevadas á nombre de la guardia nacional, con un letrero encima que decía: *Villafrauca, Zurich*.

A los lados de los bulevares Poissonniere, Montmartre, Valiens y Capucines se elevaban altos postes muy inmediatos unos de otros, coronados de oriflamas y guarnecidos de haces de banderas con las iniciales del emperador y la emperatriz por escudo.

Las fachadas de los teatros del Gimnasio y de Variedad estaban adornadas espléndidamente.

Entrete de la Opera se alzaban columnas octógonas en azadas con guirnaldas. En sus pedestales se leía: *Veni, vidi, vici*.

La Opera Comica levantó una gran columna con su chapitel cubierto de ricas guirnaldas, y su base rodeada de flores.

En medio del boulevard de Capucines, casi en el ángulo de la calle de la Paz, se elevaba en fin un verdadero monumento. Este se componía de un vergel lleno de verdura y flores en su base, un zócalo y una estatua sentada, era la estatua de una mujer vestida á la romana, con una corona de oro en la cabeza, en la mano izquierda una espada envainada y en la derecha un tratado: representaba la paz de Villafranca.

Delante del zócalo se veía un leon de bronce echado; el pedestal se hallaba formado con cañones, los unos

derechos en los ángulos, y los otros puestos horizontalmente. En los lados del Norte y Meridía se leían los nombres de los cuerpos que han cogido banderas y cañones al enemigo.

La calle de la Paz, desde el boulevard de Capucines hasta la calle Neuve-des-Petits Champs, tenia una decoración particular, formada con terciopelo encarnado y franjas de oro. A la entrada de la plaza de Vendome se elevaban dos pirámides y veinte y cuatro columnas por el estilo Luis XIV, coronadas de águilas y empavesadas. No lejos de allí, el cuartel de los zapadores-bombarderos se hallaba cubierto de colgaduras de terciopelo y decorado de iniciales y águilas de oro.

La plaza de Vendome estaba transformada en un círculo inmenso cuyo centro formaba la columna del gran ejército; su aspecto era de lo mas imponente y grandioso.

Diez y seis columnas monumentales con genios en su cima ofreciendo coronas, adornaban sus entradas. Ocho de estas columnas habían sido construidas á la entrada por el lado de la calle de la Paz, y ocho en la salida por el lado de la calle de Castiglione. Sobre las hasta la mitad con molduras doradas y el resto imitando el mármol rojo, formaban un conjunto riquísimo y de una brillantez extraordinaria.

Dos líneas de coladuras de terciopelo carmesí, sembrado de abejas y franjas de oro, con una N coronada en medio, se hallaban tendidas á lo largo de los edificios simétricos, cuya fachada estaba empavesada con escudos, guirnaldas y banderas. Palis venecianos sostenían largas banderolas y oriflamas enriquecidas con arabescos de oro suspendidas en su cima como el gallardete de un navío de guerra izado en la bola del palo mayor. El conjunto de esta decoración era de lo mas admirable.

En medio del anfiteatro que rodeaba la plaza y pegada á la fachada del ministerio de la Justicia, se hallaba una tribuna decorada con mucho gusto y riqueza y reservada á S. M. la emperatriz, al príncipe imperial, así como á los miembros de la familia imperial y las personas de su comitiva.

A las ocho y media de la mañana llegó el emperador con su séquito á la plaza de la Bastilla por la calle de Rivoli.

La escolta de la comitiva imperial la formaba un destacamento de los cien guardias.

A cien metros de distancia del emperador seguían: El mariscal Regnaud de Saint Jean de Angely, jefe de la guardia imperial, acompañado de su estado mayor.

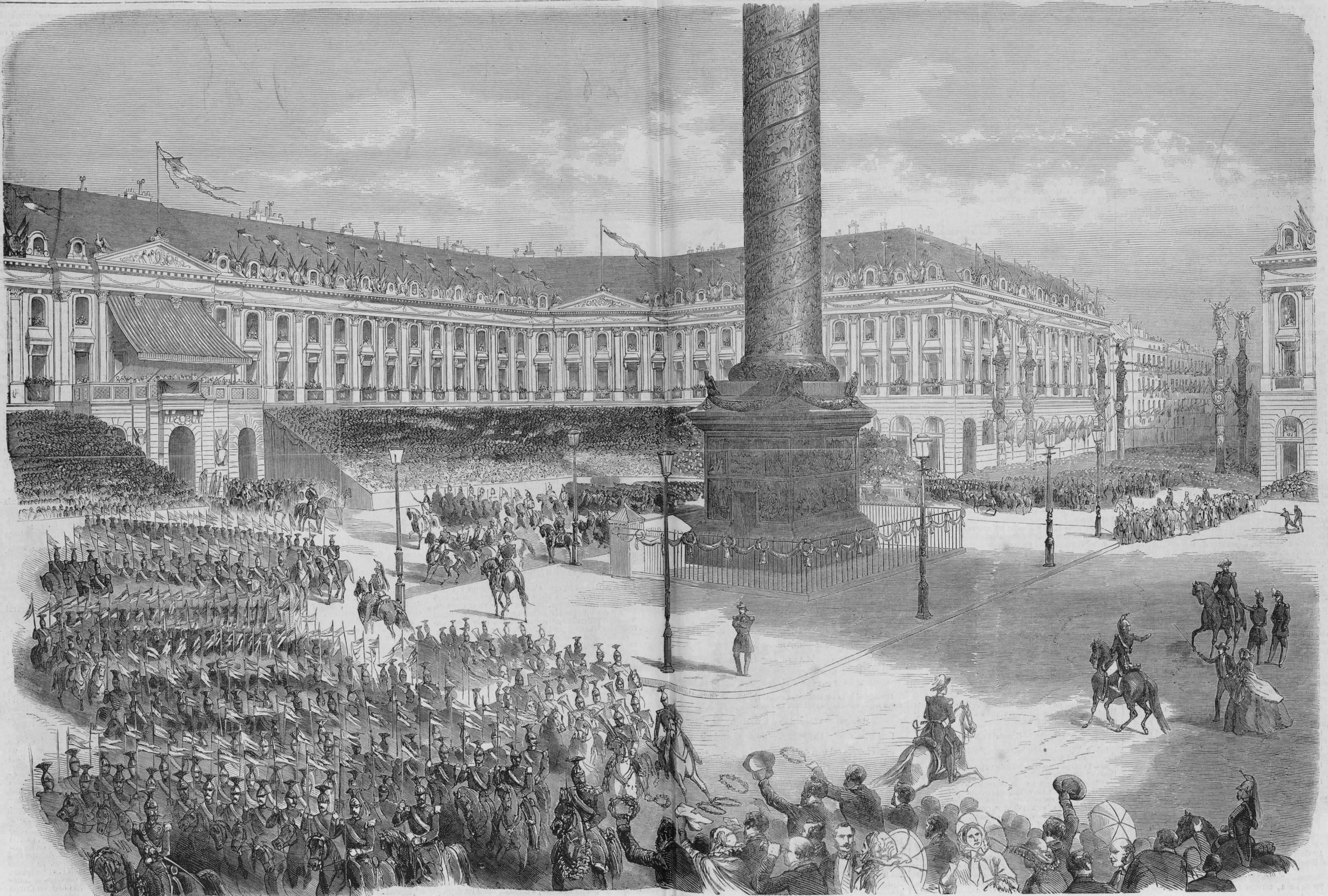
Los capitanes del ejército.
Los destacamentos de los heridos de los diferentes cuerpos del ejército por el orden siguiente:

- Cazadores de infantería,
- Tiradores,
- Zuavos,
- Granaderos de la guardia,
- Tiradores argelinos,
- Heridos de los regimientos de línea.
- Después venían:
- La 1ª division de infantería de la guardia, mandada por el general Mellinet;
- 1ª brigada, general Niel;
- Los ingenieros de la guardia, capitán Goury;
- El batallon de cazadores de infantería, comandante Letourneur;
- El 1º regimiento de tiradores, coronel Dupin de Saint-André;
- 2ª brigada, general Branchard;
- El 2º regimiento de tiradores, coronel de La Ville-neuve;
- El 3º regimiento de tiradores, coronel Dubos;
- Dos baterías de artillería;
- La 2ª division de infantería de la guardia, general Camou;
- 2ª brigada, general Picard;
- El 2º regimiento de granaderos, coronel Chardon de Chaumont;
- El 3º regimiento de granaderos, coronel Mettmann;
- El resto de la artillería de la guardia.

Las sangrientas jornadas de Magenta y Solferino fueron para la guardia imperial días de heroísmo y de triunfo. La brigada Wimpffen y la brigada Cler, lanzadas hácia el enemigo por la mañana, se apoderaron á la vez de la aldea de Bofflora y las alturas del canal: despues de este primer éxito fué cuando la 1ª division de granaderos, con quien estaba el mismo emperador, se encontró enfrente de un ejército de 100 á 125,000 austríacos.

Esta division luchó sin cejar durante cuatro horas contra todas las fuerzas enemigas hasta la llegada de los mariscales Mac Mahon y Canrobert. En esta ruda jornada la guardia tuvo 1,000 hombres fuera de combate. El general Mellinet perdió dos caballos, el general Wimpffen salió herido en la cabeza, y la guardia tuvo que depolar la muerte de los comandantes Desmé y Maudhuy, así como la del general Cler. Solo el tercer regimiento perdió 18 oficiales y cerca de 300 hombres.

En Solferino, la division de tiradores de la guardia, mandada por el general Camou, fué encargada por el emperador para apoyar á la division Frey, que no tenia bastante fuerza para tomar la posicion de las colinas. El 1º y 2º de tiradores se apoderaron de estas formidables posiciones con notable denuedo. Al mismo tiempo los batallones del 2º de tiradores se apoderaron con increíble arrojo de la torre y el convento de Solferino. Situada en estas eminencias, la division Camou las defendió con intrepidez y pudo conservarlas con el



ENTRADA DEL EJERCITO DE ITALIA. — VISTA GENERAL DE LA PLAZA VENDOME DURANTE EL LESFIE.

apoyo de la artillería de la guardia y de la division Mellinet. Estos hechos de armas fueron seguidos de la toma no menos importante de Cavriana. Durante estos triunfos, la caballería de la guardia mandada por el general Morris, cubrió la derecha del mariscal Mac-Mahon, y ejecutó contra una columna austriaca una carga de flanco que le hizo el mayor honor.

La artillería de la guardia prestó un grande apoyo al primer cuerpo, y la segunda division, mandada por el general Le Bœuf, secundó poderosamente la toma de Solferino, arrojando sobre la aldea una lluvia de bombas y granadas.

1º CUERPO. — MARISCAL BARAGUEY D'HILLIERS.

1ª DIVISION. — GENERAL FOREY.

1ª brigada. — General Guerin.

17º batallon de cazadores de infantería; comandante Pichon. — 74º de línea, coronel Roudiere. — 84º de línea, coronel Cambriels.

2ª brigada. — General d'Alton.

91º de línea, coronel Abbatucci. — 98º de línea, coronel Conseil Dumesnil.

2ª DIVISION. — GENERAL LADMIRAULT.

1ª brigada. — General Douay.

10º batallon de cazadores de infantería, comandante Bresolles. — 15º de línea, coronel Dandel. — 21º de línea, coronel Fontanges de Couzan.

2ª brigada. — General Negrier.

61º de línea, coronel Taxis. — 100º de línea, coronel Mathieu.

El 1º cuerpo fué el que tuvo el honor de iniciar la campaña de Italia. Todos recuerdan la profunda impresion que causó el primer boletín en que se anunciaba la primera victoria del ejército francés, y que fué considerado como el feliz augurio de las grandes operaciones que iban á comenzar. Sabido es cuán brillante fué el combate de Montebello, donde tanto se distinguió la division Forey, y donde su cuerpo de oficiales estuvo sometido á pruebas muy crueles. Allí murieron el general de brigada Beuret, el coronel Meric de Bellefon, el teniente coronel Poissonnet de Bellefont, y los comandantes Duchet y Lacroix, y salió gravemente herido el coronel Guyot de Lesparre con otros muchos jefes y oficiales.

Después de la entrada del ejército francés en Lombardia, el 1º cuerpo recibió orden para rechazar al ejército austriaco de Melegnano; ganó todas las posiciones del enemigo después de sangrientos combates en los cuales solo el primer regimiento de zuavos perdió a su coronel Paulze d'Ivoy, y tuvo de baja 32 oficiales y 232 soldados. Esta jornada costó 874 hombres al primer cuerpo.

En la batalla de Solferino, el primer cuerpo tomó parte muy activa. Las divisiones Forey y Ladmirault se apoderaron con el concurso de la guardia de las posiciones mas importantes, el monte Femine, el cerro de los Cipreses y la torre de Solferino, defendidas por una artillería formidable. El general de brigada Bazaine se distinguió en estos ataques, así como el general de artillería Fargeot, que dirigiendo seis piezas de artillería contra el flanco de tres columnas austriacas, preservó al primer cuerpo de sus ataques.

El 1º cuerpo pagó esta gloriosa parte en el triunfo con la pérdida de 4,000 hombres, y entre ellos 234 oficiales. Entre los muertos figuraban el bizarro general Dieu, el teniente coronel Ducoin, y los comandantes de batallon Kleber, Saint-Paer, Angevin y Guillaume.

Los generales Forey y Ladmirault, los coroneles Taxis, Brincourt, Pinard y Barry, los comandantes de batallon Brun, Meuriche, Pongibaud, Lebreton, Laguerre, Le Seble, Moequery, Gouzy, Lespinasse y Foy fueron heridos.

Detrás del 1º cuerpo venian las banderas austriacas. Dos de ellas se hallan enteramente rasgadas, y sobre todo una, que solo tiene un pedazo en el asta; la tercera no se halla en tan mal estado, y la cuarta está casi entera. Estas banderas las llevaban:

La primera, un cazador de infantería de la guardia, escoltado por dos soldados de cada regimiento de la guardia.

La segunda, dos soldados del 1º cuerpo (en el mismo orden que para la guardia).

La tercera, soldados del 2º cuerpo (en el mismo orden que para la guardia).

La cuarta, soldados del 4º cuerpo (en el mismo orden que para la guardia).

Después venian los 38 cañones austriacos.

2º CUERPO. — MARISCAL MAC-MAHON, DUQUE DE MAGENTA.

1ª DIVISION. — GENERAL DE LA MOTTEROUGE.

1ª brigada. — General Levaucoupet.

45º de línea, coronel Manuelle. — 65º de línea, coronel Bittard-Desorties.

2ª brigada. — General Lefevre.

70º de línea, coronel Eudes de Boistertre. — Regi-

miento provisional de tiradores argelinos, coronel Butet.

2ª DIVISION. — GENERAL DECAEN.

1ª brigada. — General Gault.

41º batallon de cazadores de infantería, comandante Labatut. — 2º de zuavos, coronel Tixier. — 72º de línea, coronel Castex.

2ª brigada. — General Castagny.

71º de línea, coronel Duportal. — 2º regimiento extranjero, Signorino.

El nombre de duque de Magenta dice él solo la parte de gloria que corresponde al 2º cuerpo en la guerra de Italia.

El 2º cuerpo fué el primero que atravesó el 23 de junio el Tesino y aseguró el paso del ejército francés. La ocupacion de Turbigo y Robichetto, donde se distinguieron los generales de La Motterouge y Auger, y los coroneles Levaucoupet, herido en la cabeza de un bayonetazo, y Laure, que mandaba los tiradores argelinos, prestó los mayores servicios en la gran jornada del siguiente día.

Sabido es cuánto honor ganó en Magenta el mariscal Mac-Mahon con la brillante maniobra que ejecutó cayendo desde Turbigo sobre el flanco derecho del ejército austriaco. Los furiosos combates de la alquería de la Cascina Nuova, donde el 45º de línea hizo prisioneros dos regimientos húngaros y fué cogida una bandera austriaca sobre el cadáver del coronel, los terribles ataques de Magenta, donde hubo que ganar las casas una á una, son recuerdos muy recientes. Allí murieron el general Espinasse y su ayudante de campo Froidetond, los coroneles Drouhot, del 65º de línea, y Chabriere, del 2º regimiento extranjero.

En el momento en que se generalizó el ataque, el valiente general Auger que mandaba la artillería del 2º cuerpo, contribuyó poderosamente al éxito situando con suma habilidad las 40 piezas que cogieron á los austriacos diagonalmente y produjeron en ellos tan horrible carnicería.

En Melegnano, el 2º cuerpo prestó un concurso útil apoyando al 1º cuerpo mandado por el mariscal Baraguey d'Hilliers.

En la jornada de Solferino, el 2º cuerpo se distinguió sobre todo en el ataque de las posiciones de San Casiano y Cavriana, donde hubo combates encarnizados. Estas posiciones fueron tomadas por los tiradores argelinos y el 45º de línea, recobradas por el enemigo, reconquistadas por segunda vez con el auxilio del 45º y el 72º, mandado por el coronel Castex, y ganadas definitivamente por la brigada de reserva de la division de La Motterouge, la division Decaen y el 2º cuerpo entero que entró todo él en fuego á las órdenes del mariscal.

La caballería tuvo ocasion de distinguirse en tres cargas brillantes, con las cuales las divisiones Desvaux y Partouneaux barrieron el camino de Medolo y arrojaron 600 prisioneros hacia nuestros tiradores.

Las pérdidas del 2º cuerpo en esta jornada ascendieron á 1,800 hombres fuera de combate, y entre ellos 104 oficiales: entre los muertos figuraban el entendido general Auger, y los valientes coroneles Douay, del 7º de línea, Laure, de tiradores argelinos, y el teniente coronel Herment, del mismo regimiento.

3º CUERPO. — MARISCAL CANROBERT.

1ª DIVISION. — GENERAL RENAULT.

1ª brigada. — General Doens.

8º batallon de cazadores de infantería, comandante Morle. — 23º de línea, coronel Auzony. — 41º de línea, coronel Tryon.

2ª brigada. — General Jannin.

56º de línea, coronel Schneider. — 9º de línea, coronel Guilhem.

2ª DIVISION. — GENERAL TROCHU.

1ª brigada. — General Chabron.

19º batallon de cazadores de infantería, comandante Wadner. — 43º de línea, coronel Jeanningres. — 44º de línea, coronel Pierson.

2ª brigada. — General Collineau.

64º de línea, coronel Jouenne d'Esgrigny. — 88º de línea, coronel Sanglé-Ferrière.

El 3º cuerpo hizo prodigios de valor en el ataque de Ponte di Magenta que fué tomado, perdido y vuelto á ser ocupado hasta siete veces consecutivas por la division Renault. Allí murieron gloriosamente el coronel Senneville, jefe de estado mayor del mariscal Canrobert; el coronel Charrier, del 9º, que recibió cinco balazos, y otros muchos valientes oficiales.

En Solferino, el 3º cuerpo protegió la derecha del ejército francés contra un cuerpo de ejército austriaco que se dirigía de Mantua á socorrer al ejército de ataque; prestó un concurso útil al 4º cuerpo cubriéndole con la division Trochu de quien hizo tan brillante mencion el mariscal Niel en el siguiente párrafo de su parte:

«El general Trochu, después de haber formado sus batallones en columna cerrada, los condujo al ataque de Guidizzolo por escalones, con el ala derecha delante

y con tanto orden y serenidad como en un campo de maniobras. Cogió al enemigo una compañía de infantería y dos cañones, y llegó hasta la mitad del camino que hay de la Casa Nova á Guidizzolo.

»Una violenta tempestad, precedida de torbellinos de polvo que los dejó en la oscuridad, vino á poner término á esta lucha, y el 4º cuerpo vivaqueó en un campo de batalla que habia conquistado gloriosamente. Ha cogido al enemigo una bandera, ganada por soldados del 76º de línea, y 7 cañones; ha hecho 2,000 prisioneros, y en un campo de batalla que tiene cerca de dos leguas de largo, el camino que ha seguido el 4º cuerpo se halla cubierto de cadáveres austriacos.»

4º CUERPO. — MARISCAL NIEL.

1ª DIVISION. — GENERAL LUZY-PELLISSAC.

1ª brigada. — General Mongin.

5º batallon de cazadores de infantería, comandante Thouvenin. — 30º de línea, coronel Labastide. — 45º de línea, coronel Mallet.

2ª brigada. — General Lenoble.

6º de línea, coronel Rivet. — 8º de línea, teniente coronel Dumolt.

2ª DIVISION. — GENERAL VINOY.

1ª brigada. — General ...

6º batallon de cazadores de infantería, comandante Potier. — 52º de línea, coronel Capriol. — 73º de línea, coronel O'Malley.

2ª brigada. — General La Charrière.

85º de línea, coronel Veron de Bellecourt. — 86º de línea, teniente coronel Boyer.

El 4º cuerpo se cubrió de gloria en Magenta, donde la division Vinoy marchó al paso de carrera sobre Ponte di Magenta, arrojando al enemigo de todas sus posiciones y haciéndole mas de 1,000 prisioneros. En esta lucha en que el enemigo presentó fuerzas muy superiores, la division Vinoy tuvo de baja 61 oficiales y 650 soldados. El 85º de línea, cuyo brillante coronel Veron de Bellecourt fué acrilillado de heridas, sufrió solo él una pérdida de 35 oficiales y 216 soldados fuera de combate.

En Solferino, donde su hábil general en jefe ganó el título de mariscal de Francia, el 4º cuerpo estuvo batallándose durante todo el día, y todos sus batallones, sin excepcion alguna, entraron en fuego. Las divisiones Luzý, Vinoy y Fally, y las de Baurbaki y Trochu, del 3º cuerpo, ganaron las posiciones de Medolo, Casa Nova, Rebecco y Guidizzolo, apoyados por la artillería del general Soleille, que impidió que el enemigo envolviera á la division Vinoy.

En todos estos puntos se encontraba el enemigo con grandes fuerzas y hubo que sostener una lucha de las mas sangrientas hasta la noche. La parte del 4º cuerpo en la derrota del enemigo fué muy grande; el campo de batalla donde habia combatido, y que tenia dos leguas de extension, quedó cubierto de cadáveres austriacos, y tuvo por trofeos una bandera, 7 cañones y 2,000 prisioneros.

Las pérdidas fueron proporcionadas al encarnizamiento de la batalla: 4,804 hombres fuera de combate, y entre ellos el coronel Lacroix del 30º de línea, el coronel Capin del 53º, el coronel Druha del 43º, los tenientes coroneles de Neuchêze del 8º de línea, Champagnon del 2º de línea, Oudes del 5º de húngaros, y los comandantes de batallon Nicolás y Libert, y el coronel de ingenieros Jourjon, cuya muerte fue tan sentida de todo el ejército.

DIVISION DE CABALLERIA. — GENERAL MORRIS.

1ª brigada. — General Marion.

1º de coraceros, coronel Ameil. — 2º de coraceros, coronel Savaresse.

2ª brigada. — General Champeron.

Dragones de la emperatriz, coronel Crespín. — Lanceros de la emperatriz, coronel Lichtin.

3ª brigada. — General de Clerambault.

Cazadores, coronel Chauvigny. — Guias, coronel Mirandol.

Destacamento del tren de la guardia. En medio de estos recuerdos no deben ser olvidados los ausentes. Por lo tanto citaremos al 3º regimiento de zuavos que se ilustró en Palestro con un hecho de armas ya popular. Este regimiento se lanzó hacia el canal de la cascina por medio de la metralla enemiga, y escalando las colinas mató los artilleros austriacos sobre sus piezas, precipitó á 500 enemigos al rio y se apoderó de seis cañones.

El 3º regimiento de zuavos ha quedado en Italia. Seria difícil describir todas las escenas entusiastas que han estallado al paso de cada cuerpo. Desde la calle hasta el tejado de las casas, en todas partes se oían aplausos, bravos y felicitaciones; en todas partes se agitaban los pañuelos, y de todas las ventanas floaban ramiñetes y coronas.

El aire marcial de la línea, el bello aspecto de la guardia, los ágiles é intrepidos cazadores de Vincennes,

los zuevos populares, los turcos con su cutis atezado y su traje oriental; la artillería, tan imponente con sus cañones rayados que excitaban viva curiosidad; el cuerpo de ingenieros, cuya ciencia, abnegación y modestia reconoce todo el mundo; la caballería, entre la cual se distinguían los cazadores con sus caballos torcos, los guías, los dragones de la emperatriz y los carcereros, todos recibieron los testimonios de la admiración más simpática y ardiente. Los mariscales Regnault de Saint-Jean d'Angely, Baraguey-d'Hilliers, Mac-Mahon, Camoher y Niel, en quienes se personificaban los recuerdos de Metz y Solferino, fueron acogidos sucesivamente con inmensos aplausos.

Las cantoneras con su vestido gracioso, y algunos enfermeros mezclados con los heridos que habían asistido en los campos de batalla, participaron de las aclamaciones populares.

Pero con preferencia á todo, lo que más excitó los transportes de la multitud, fué la vista de las banderas de los regimientos que todas sin excepción están lacradas, mutiladas, hechas giras y algunas de las cuales solo han conservado informes retazos. Por lo que hace á los heridos que marchaban á la cabeza del ejército, cargados de coronas de Laurel y ramilletes de flores, unos con el brazo vendado, otros con muletas ó casi llevados por sus camaradas, la emoción que su vista produjo y los aplausos que excitó rayaron en delirio.

Cuando llegó la cabeza de la columna á la entrada de la plaza de Vendôme, el emperador se situó debajo de la tribuna reservada á la emperatriz en frente del ministerio de la Justicia, y en seguida comenzó el desfile.

En el momento en que los heridos, precedidos de algunos de los capelanes del ejército, iban por delante de él, el emperador se adelantó algunos pasos y con el sombrero en la mano saludó al glorioso grupo de los mutilados del ejército de Italia y á los ministros de la religión que les habían prestado sus auxilios espirituales. Este movimiento del emperador excitó las más vivas aclamaciones.

A cosa de las dos y cuando ya los últimos regimientos pasaban por el boulevard de los Italianos, comenzó á caer una lluvia tempestuosa que en diez ó quince minutos produjo algo de confusión entre el gentío; pero no hemos sabido que resultase de ello accidente alguno.

Durante el desfile, uno de los pajes del emperador bajó de la tribuna con el príncipe imperial en sus brazos, y se lo presentó á S. M., que después de haberle besado lo cobijó por algunos instantes sobre su caballo. Este pequeño incidente excitó profunda emoción entre los espectadores, y tanto en las filas del ejército como en todas las tribunas se oyeron nuevos gritos de ¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz! ¡viva el príncipe imperial!

El desfile que había comenzado á las diez y cuarto, terminó á las tres de la tarde.

El emperador se retiró al momento después y regresó al palacio de las Tuilerías, aclamado con el mismo entusiasmo que lo había sido á su paso por toda la línea de los bulevares.

El mismo concito que por la mañana había acudido á ver pasar las tropas, se encontró por la noche tan numeroso en los bulevares, la calle de la Paz, la plaza de Vendôme y la calle de Rivoli para admirar las iluminaciones.

EL PAYASO.

Un día del mes de noviembre de 18... mientras disfrutaba yo de una licencia en París, pasaba á las seis de la tarde por el boulevard de los Italianos, cuando un joven de unos treinta años me detuvo, y con una mezcla singular de efusión y de atolondramiento me preguntó si le reconocía.

Algunos años antes habíamos estado en relaciones frecuentes. Por entonces aquel joven que era huérfano, después de haber disipado casi toda su fortuna, iba á salir para un viaje por los mares del Sur á bordo de la fragata la *Creole*, que mandaba el contraalmirante de Sery. Había aceptado la proposición que le había hecho el almirante, un antiguo amigo de su familia, de llevarle dos ó tres años fuera de Francia, y le acompañaba en clase de secretario.

Como yo había estado en Chile y en el Perú, le había dado cartas de recomendación para varias familias de Lima y de Valparaíso, y para algunos oficiales de la fragata que eran amigos míos.

Durante nuestras relaciones que no habían sido largas, Carlos Servieux (así se llamaba el joven) me había parecido estar dotado de una inteligencia poco común, tenía un decir brillante y una imaginación muy viva, aunque de una originalidad demasiado pronunciada.

Encontrándonos así de repente, nos dimos la mano y fuimos á comer á la fonda de Veour, donde tomamos un cuarto para estar solos.

Carlos no había cambiado nada; era como antes un hermoso joven de frente vasta, cabellos abundantes y rizados, acciones suaves y acentuadas.

En medio de la comida, después de haberme hablado de los mares del Sur, se activo y mirándome de hito en hito, exclamó:

— ¿No os han dicho que yo había estado loco?
— No, le respondí.
— Pues como lo habéis de saber más tarde ó más temprano, quiero que lo sepáis por mi boca. He estado loco, loco rematado, tanto que hace tres meses vine á París por orden del médico para distraerme y curarme. Esta

locura fué producida por dos conmociones sucesivas y muy fuertes que experimenté, cuya relación os interesaré, pues se refiere á cosas que os pueden suceder en vuestra carrera.

Se recogió un instante mientras yo me disponía á escuchar, y luego comenzó en estos términos:

« Mi primera conmoción fué esta. Hacía tres días que habíamos salido de Valparaíso con rumbo para Francia.

Serían las diez de la noche, una no he hermosísima con brisa fresca que hinchaba las velas.

Yo estaba sobre cubierta y fumaba un cigarro antes de bajar á mi camarote.

Poco á poco mis ojos se cerraron y acabé por dormirme.

Cuando estaba durmiendo soñé que me caía, y me desperté sobre oído por una fuerte sensación de frío.

Abí los ojos y me encontré en el mar.

Al pronto casi tuve ganas de reírme de la aventura; soy buen nadador; la *Creole* estaba á pocas brazas de distancia, y era imposible que llamando no acudieran á socorrerme.

Por desgracia, en el mismo instante en que gritaba, la brisa se hizo más fuerte, y el oficial de guardia mandó una maniobra; todos los hombres corrieron á sus puestos, y mi voz se perdió en el ruido general.

Cuando ejecutaron la maniobra, la fragata se hallaba ya á muchos metros. Entonces me alarmé y me puse á gritar lo más fuerte que pude; pero no me oían, y la fragata continuaba aljándose.

Hice esfuerzos prodigiosos para alcanzar el buque á nadar, y mi voz acabó por extinguirse en quejidos rancos.

Muy luego el cuerpo de la *Creole* desapareció á mis ojos, y solo distinguía ya sus velas impelidas por el viento, cuando la luna llegó á ocultarse detrás de una nube y me quedé en una oscuridad completa.

La certidumbre de mi desgracia no me hizo recobrar el ánimo que había perdido.

Comprendí que toda esperanza de socorro inmediato era una locura; calculé que podrían ser las doce de la noche, que todo el mundo á bordo debía creerme acostado, y que no echarían de ver mi ausencia hasta la mañana siguiente á la hora del almuerzo; en este caso, suponiendo que la fragata volviendo atrás tuviera la suerte inesperada de encontrarme, no podía ser recogido hasta el medio día.

Debía pues pasar doce horas en el agua, y resolví luchar durante ese tiempo.

En cuanto hubi tomado esta resolución, me puse á nadar con sosiego á fin de no apurar mis fuerzas; y queriendo ahuyentar también las negras ideas que me ocurrían en tan triste posición, me ocupé en contar el número de brazas que andaba.

Contaba desde una hasta mil, y media el tiempo por la curva que describía la luna bajando lentamente sobre el horizonte.

Al cabo de unas tres horas sentí un entorpecimiento en las articulaciones de mis brazos y mis piernas, y me era muy difícil ejecutar mis movimientos á pesar de la excesiva lentitud con que los hacía.

Me puse boca arriba y sentí un poco de alivio.

En esta posición permanecí unas dos horas y ví salir el sol; entonces miré con avidez en mi derredor, pero no distinguí la *Creole*: sin embargo no perdí el valor y me puse á nadar de nuevo; pero al cabo de una hora tuve que volver á descansar porque me hallaba rendido.

Entonces una desesperación sombría se apoderó de mí, y las ideas lúgubres que había logrado conjurar hasta entonces embargaron nuevamente mi ánimo.

Sentía un horror profundo pensando en los tiburones, pues recordaba haber visto muchos el día anterior cerca de la fragata.

Al mismo tiempo se apoderaba de mí un malestar físico intolerable.

Me zumbaban los oídos fuertemente, tenía muchas náuseas y mis ojos no veían.

Durante una hora más hice instintivamente algunos movimientos para sostenerme sobre el agua, pero pasada esa hora, no podía ya coordinar una idea, ni aun siquiera la idea de la conservación, y comencé á ser juguete de una alucinación terrible.

Me figuré que estaba muerto, que me habían cosido en un saco, que me habían atado á los pies una bala de cañón y que me habían lanzado al agua.

Arrastrado por el peso de la bala, bajaba con extraordinaria rapidez, pero al cabo de poco tiempo esta velocidad disminuyó, y me atreví á abrir los ojos que había tenido cerrados hasta entonces.

Al pronto no ví en torno mío más que un agua de un color verde oscuro que mugía sordamente.

Poco á poco sin embargo mis ojos se acostumbraron á lo que veían, el agua se puso trasparente, y yo pude medir su profundidad á distancias incalculables.

Veía distintamente en el fondo del mar el casco de un buque y quería ver su nombre escrito á popa, cuando oí junto á mí un gran ruido; alcé los ojos y ví muchos tiburones que se adelantaban adonde estaba yo.

Sus enormes cuerpos negros se destacaban sobre el fondo del agua, y sus colas trazaban en ella surcos fúls-rescentes.

Me miraban con ojos apagados y feroces, pero no me tocaban.

Cosido en mi saco, yo no tenía fuera más que la cabeza, pero esta cabeza livida de terror espantaba sin duda á los monstruos.

No obstante se atrevieron al fin, y formando un círculo cuyo centro era yo, me empujaron con sus bocas,

como si hubiesen querido averiguar qué clase de presa era aquella que la casualidad les dejaba.

Al cabo se decidieron, y muchos á la vez se volvieron á medias para cogerme, pero calculaban mal la distancia, y no hacían más que tropezarse unos contra otros.

Yo había concluido por contemplarlos en un estado de completa inmovilidad y como si no se tratara de mí, cuando uno de ellos, el más grande, abrió volviéndose su mandíbula superior por bajo de mi cuerpo y la otra por encima, y me cogió en su boca.

Sentí sus dientes hincarse en mi carne y me retorcia dolorosamente con aquellas mordeduras.

En aquel instante cesó la alucinación, me pareció que me sacaban del agua y que me ponían en el fondo de un bote, distinguiendo en mi derredor á los marineros de la *Creole*.

Es a sensación, muy verdadera, pues efectivamente acababan de recogerme los marineros de la *Creole*, fué la última que experimenté.

En los quince días siguientes me hallé acometido de una locura sombría que no me ha dejado ningún recuerdo, y cuando recobré el uso de la razón, me contaron lo que había sucedido, que era lo que yo había previsto. Cuando notaron mi desaparición en la hora del almuerzo, volvieron á buscarme, y á eso de las doce del día me encontraron medio ahogado con las piernas y los brazos extendidos.

— La aventura es espantosa, dije á mi amigo, cuando hubo terminado su relación.

— Pues no es nada comparada con la segunda, respondió Carlos con un ligero temblor en la voz que me hizo estremecer á pesar mío.

Y haciendo otra pausa como la vez anterior, comenzó su segunda aventura de este modo:

« Figúrate que un mes después llegábamos á Bahía don'te debíamos permanecer una semana.

Yo estaba entonces convaleciente, y para completar mi curación pasaba en tierra la mayor parte del día.

Una tarde me hallaba en una casa con varios oficiales, entre los cuales se contaba Dupuy, el teniente más antiguo de marina.

A las diez se retiraron aquellos señores para volver á bordo.

Dupuy no tenía que hacer ningún servicio, y yo estaba libre; quisimos prolongar nuestra reunión, y suplicamos que nos enviaran el bote á la una de la madrugada.

La noche estaba hermosa, y esa pequeña embarcación guiada por dos hombres debía bastarnos para la travesía.

Después de haber bailado algún tiempo más, salimos y hallamos la embarcación amarrada al muelle.

El patron era un mozo de unos veinte años, un corso llamado Pietro, bastante inteligente, pero muy indisciplinado. Algunos días antes le había castigado Dupuy y había conservado mucho resentimiento por aquel castigo.

Cuando vió que nos acercábamos, saltó al muelle, vino hácia nosotros, y sin desplegar sus labios dió á Dupuy una puñalada.

Dupuy le había visto levantar el brazo y había podido torcerse, de modo que el golpe que había debido recibir en el pecho solo le alcanzó en el hombro.

Con la mano que le quedaba cogió al marinero por el cuello, mientras yo le sujetaba por detrás y llegaba el otro hombre de la embarcación para auxiliarnos.

Pronto nos hicimos dueños de Pietro, le atamos y nos fuimos á bordo.

A la otra mañana Dupuy daba su parte, y dos días después el almirante reunía un consejo de guerra ante el cual declaramos como testigos el segundo barquero y yo.

Pietro fué condenado á muerte por unanimidad, y la sentencia debía ejecutarse en el término de veinte y cuatro horas.

Delante de toda la tripulación reunida leyeron la sentencia al reo; aun me parece verle amenazador é iracundo con las facciones palidas y contraídas.

Durante la lectura no dió ninguna señal de emoción; pero cuando el escribano acabó de leer, extendió hácia mí su puño cerrado, exclamando:

— A todos perdono menos á ese que no es del oficio; cuando esté muerto me vengaré.

Le llevaron al puerto, y al otro día á las cinco de la mañana fué fusilado.

En el almuerzo contaron algunos prrmenores de la ejecución. Había estado muy sereno; recibió siete balazos en el pecho y cayó muerto sin lanzar un grito.

Yo escuchaba sin desplegar mis labios.

Las terribles palabras de Pietro me habían causado una impresión profunda y me agitaba un temblor involuntario.

No ando el estado en que me hallaba, todos me prodigaron las mayores atenciones; para aquella misma tarde improvisaron un paseo á caballo y una comida en tierra.

Yo quise aturdirme y volví á bordo un poco alegre. Después de haberme despedido de todos, á eso de las once de la noche, entraba en mi camarote y buscaba á tientas los fósforos para encender una luz, cuando distinguí á Pietro al pié de mi cama, de pié y en la posición del soldado que va á ser fusilado.

No tenía más que un pantalón y su camisa de marinero entreabierta con siete agujeros ensangrentados, y me miraba fijamente.

Yo habría caído al suelo si no hubiera tropezado con la comida que me sostuvo.

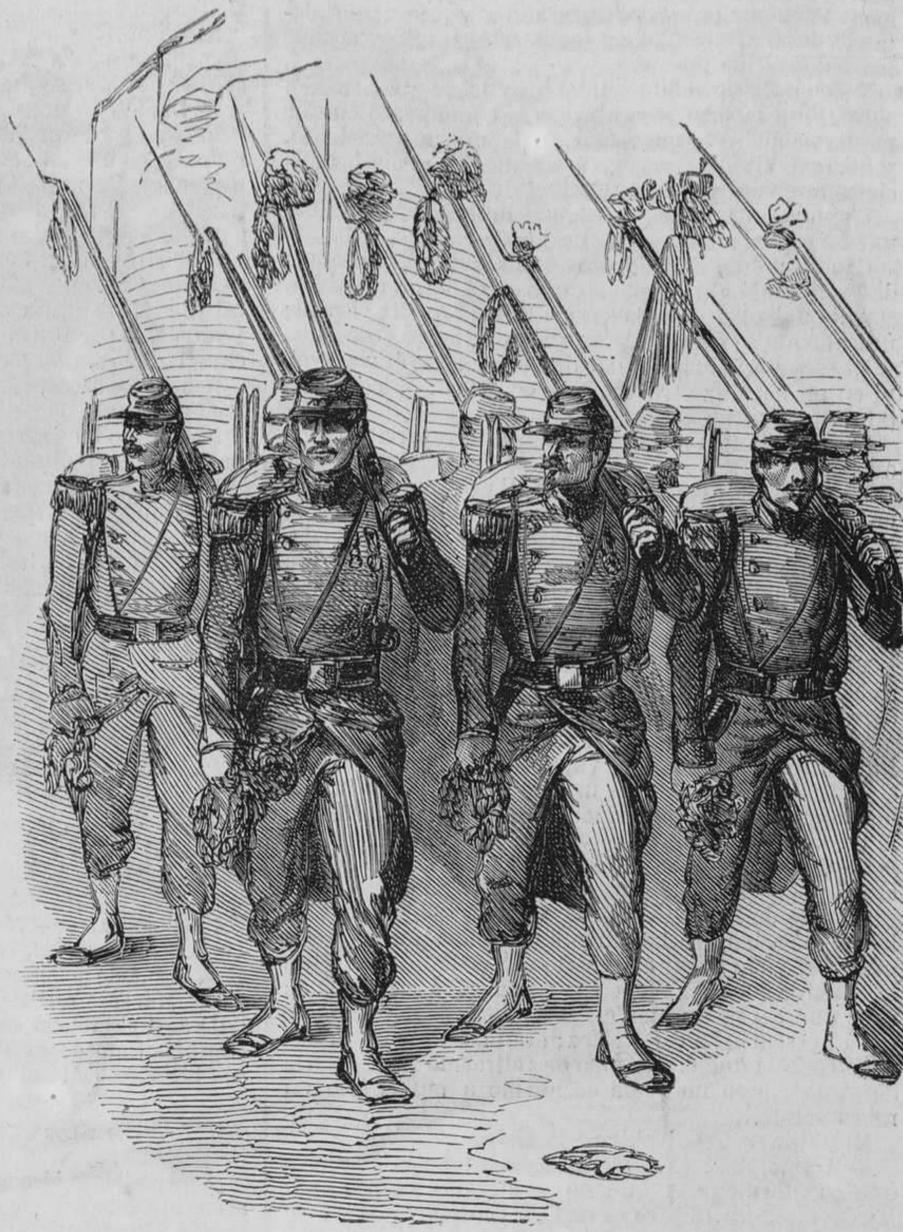
El fósforo que tenía en la mano se encendió con el



EL EMPERADOR Y EL PRINCIPE IMPERIAL EN LA PLAZA VENDOME.



CAZADORES DE CABALLERIA DE LA GUARDIA IMPERIAL.



GRANADEROS DE LA GUARDIA IMPERIAL.

TROPA DE LINEA.



J. GAUDRAU

LOS CAÑONES AUSTRIACOS EN EL PATIO DE TULLERIAS.

movimiento y á la claridad de la luz desapareció la vision. Yo lo atribuí á la embriaguez y me acosé dejando la luz encendida; como estaba muy cansado logré dormirme pronto.

Todo el día siguiente estuve muy triste y alarmado. No quise esperar para acostarme el momento en que me habia aparecido la vision en la noche precedente, y me metí en mi camarote á las nueve cuando los oficiales fumaban y jugaban todavía.

Como una criatura conocía que necesitaba para dormirme que alguien velara á mi lado.

Con efecto me dormí, pero á las once en punto me desperté y fijé al instante los ojos en el pié de mi cama.

Allí estaba Pietro en la misma actitud que la víspera; únicamente se sonreía de un modo siniestro.

Mi espanto fué tan grande que me desmayé, y no volví en mí hasta la otra mañana cuando oí el ruido del tambor.

Desde entonces todas las noches se repetía aquella escena.

Pietro no me aparecía siempre á la misma hora, sino en cuanto me hallaba en la oscuridad y en el silencio. Me miraba ora fijamente, ora con su sonrisa malvada, y yo acababa por desmayarme ó por sumergirme en un sueño agitado por las pesadillas más crueles.

Cambié en muy poco tiempo y volví á presentarse los síntomas de mi primera locura.

Me detenía de repente en una conversacion comenzada, ó pronunciaba frases inconexas mirando en mi derredor con ojos extraviados.

No confiando á nadie mi secreto pues temia que se burlaran de mí, me habria vuelto loco inevitablemente, si el doctor que me queria mucho y seguia paso á paso los progresos de mi enfermedad, no hubiese adivinado la causa de mis errores.

Un día — habíamos salido de Bahía y estábamos en el mar — me convidó á pasar la noche con él.

Después de haber hablado de varias cosas, hizo recaer la conversacion en las supersticiones comunes á los marinos, y sin negar el imperio que podian tener sobre la imaginacion, señalaba sin embargo á cada una de ellas una causa razonable.

Yo le escuchaba con avidez; eran las doce de la noche. conocía que era tiempo de retirarme para dejarle descansar, pero no podia decidirme á entrar solo en mi camarote.

— Mi terror se hallaba bien á la vista.

— Amigo mio, exclamó el doctor, tenéis un secreto que os atormenta y que no os atreveis á confiarme. Haced mal; un médico es casi un confesor.

Al oír esto eché á llorar y acabé por decirle en voz baja que no me atrevia á entrar en mi camarote, porque me aparecía todas las noches el hombre fusilado.

— Me lo tenia, dijo sonriendo.

Su serenidad y su sonrisa me sorprendieron mucho y calmaron un poco mi espanto.

— Entonces, añadió levantándose, vamos juntos á vuestro camarote.

El doctor entró delante con la luz en la mano; yo le seguia, miré á los piés de mi cama y nada ví.

— Acostaos pues, me dijo; yo pasaré aquí la noche.

Me desnudé y me acosté; cuando estuve en el lecho, el doctor me tomó una mano y se quedó con ella entre las suyas.

— Apagad la luz, me dijo.

Yo la apagué temblando.

— Mirad á los piés de la cama. ¿Veis á Pietro?

Pasé un momento antes de responder. Bien le veía, pero su imagen en vez de aparecerse formada y con la rapidez fantástica de las noches anteriores, se dibujaba lentamente, y me parecia que necesitaba yo hacer cierto esfuerzo de imaginacion para que se acusara pausadamente á mis ojos.

— Sí, le veo, respondí al fin; y estreché con mas fuerza su mano.

— Amigo mio, me dijo con una voz dulce pero grave, cuando Pietro vivia, ¿tuvisteis por casualidad algun sentimiento de odio contra él?

— No, le respondí.

Y cuando declarasteis contra él como testigo ante el consejo de guerra, ¿hicisteis otra cosa que cumplir con un deber doloroso, pero implacable?

— No hice mas que cumplir con mi deber.

— Pues bien, exclamó con severidad, Pietro no tiene ninguna razon para atormentaros, y desde este momento lo os atormentará mas. Mirad, ya no debéis verle.

La horrible vision se habia ido desvaneciendo con lentitud hasta que al cabo habia desaparecido.

Yo dejé caer mi cabeza sobre la almohada y dormí toda la noche con un sueño sossegado.

Cuando me desperté ví al doctor que estaba leyendo.

— Habéis dormido bien, me dijo; pero yo no he dormido nada y estoy muy cansado; levantaos, tomaremos una taza de café, daremos un paseo sobre cubierta y luego me acostaré.

— Mi querido amigo, me dijo paseándonos, no quisiera que me tomarais por un charlatan despues de haber reflexionado sobre lo ocurrido. Ayer noche para disipar la alucinacion que os domina, no quise apelar á vuestra fuerza de alma. La voluntad, por enérgica que sea, rara vez es suficiente para combatir lo que yo llamaré apariciones reales, pues son evocadas por los remordimientos. En cuanto á las apariciones como la vuestra, pronto se desvanecen oponiéndolas la calma de una conciencia pura y de un corazon sin mancha. Ahora estais curado, pero es preciso que toméis algunas precauciones. Vuestra imaginacion se halla preocupada;

debeis distraeros y cansaros con el trabajo corporal y no abandonaros á vuestras visiones.

Al pronunciar estas últimas palabras la voz de Carlos que durante esta larga historia habia temblado con cierta emociion, se puso firme y segura.

— Desde entonces, añadió, mejoré mucho. Además, llegáramos á Francia. En el día estoy enteramente curado, pero he conservado de mis dos accesos de locura una excesiva agitacion de espíritu y una inclinacion irresistible á todo lo que es maravilloso. Me hallo persuadido de que podemos ponernos en comunicacion con los espíritus buenos ó malos, y que el velo que los oculta á nosotros, entrabierto ya por el magnetismo, caerá un día. Me complazco en la relacion de aventuras imposibles, y por último creo que el genio del mal puede encarnarse en una forma humana.

Nos levantamos, encendimos cigarrillos y salimos de la fonda.

Hablando habíamos llegado á los bulevares y nos halláramos enfrente de los teatros.

— ¿Vamos al teatro? exclamó mi amigo.

— Vamos, le respondí, pero es muy tarde, ya han dado las diez.

— Entrémos en los Funámbulos.

Entramos y tomamos asiento en el proscenio de la derecha.

(Se continuará.)

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

LA SEMIOGRAFIA: — Nuevo sistema taquigráfico. — El señor don Antonio Aguirrezabal, catedrático del real seminario de Vergara, acaba de publicar con este título un nuevo sistema de taquigrafía para escribir con la velocidad que se habla.

Hé aquí el prólogo en que el señor Aguirrezabal formula el pensamiento de su sistema, y luego el juicio sobre él de don Francisco de Paula Madrazo.

PRÓLOGO DEL SEÑOR AGUIRREZABAL.

¿Será posible la ideografía universal? (1) Hé aquí un problema á cuya solución consagran largas vigiliass muchos hombres estudiosos.

A mi vez abrigué por un momento la ilusión de estudiar el problema. Terminé empero convencido, que para llegar al término no bastan una vocacion decidida, una aplicacion insuperable: faltan tiempo, posicion y talento superiores á los que me es dado disponer.

Recogí pues los materiales que habia ido formando hasta avistar la ideografía que buscaba, y volví con ellos al punto de partida.

En esta trabajada excursion por la caligrafía, paleografía y taquigrafía, la semiografía y la ideología, que me habian de conducir al fin que aspiraba, tuve motivo para admirar el bellísimo arte que habia cultivado en la juventud y debe la España á Martí, digno de un recuerdo nacional: la taquigrafía.

Lo confieso francamente: no osara yo girar en el círculo del viejo sistema con la pretension de mejorar la obra célebre de Martí, no. Pero en el movimiento general de la humanidad, en los inventos que hace todos los días el genio del hombre, en la serie de progresos porque se eleva la sociedad sobre las ruinas de otra que ha dejado de existir, estaba condenada quizá la taquigrafía á no ver esa luz y esa ley que proclama el mundo?

No he mejorado pues, ni siquiera tocado la antigua taquigrafía: la he respetado tanto cuanto venero la memoria de su inventor. He formado un sistema enteramente nuevo, con bases y materiales enteramente distintos.

Ofrezco al público una taquigrafía ó semiografía, en apoyo de la cual no debo desplegar los hábitos, ni aun debo cohibirme con la indulgencia pública, porque esto valdria tanto como dudar de su imparcialidad y superior criterio.

Terminaré con una breve explicacion de mi obra. Llamo semiografía porque cada signo representa una sílaba, en lugar de que cada signo de la antigua taquigrafía representa una letra. El alfabeto de mi semiografía consta de 26 signos, y el de la antigua de mas del doble. Para escribir por mi sistema la voz *trains* por ejemplo, basta un signo, porque es una sílaba, y por el sistema antiguo se necesitan cinco, porque tiene cinco letras. No es esta sin embargo la única ni mejor ventaja que abona la claridad, la sencillez y velocidad que constituyen mi trabajo.

Sin embargo, ni en esta ni en las demás obras que he dado á la prensa he abrigado nunca la presuncion de haber hecho un todo perfecto é inmejorable.

EXAMEN CRÍTICO DE ESTE SISTEMA.

Señor don Antonio Aguirrezabal: Muy señor mio y de toda mi consideracion: empiezo a peoír á Vd. pedon por el tiempo que contra mi voluntad le tardado en darle mi opinion

(1) Escritura comun á todos los idiomas. No creo una quimera ni un imposible esa escritura. Son tambien verdaderos escritos ideográficos los números, las notas de la música, los signos del Zodiaco, del algebra, de los planetas, etc., etc., que comprendemo y sin contarlos á todos y todas las naciones del mundo civilizado. Á las otras razones alienan la esperanza de una ideografía en tiempo mas ó menos lejano.

sobre el método de que es Vd. dignísimo inventor y apóstol. Pero ante todo permítame Vd. que le tribute el aplauso que merece, quien como Vd. se consagra con tanto brillo á la resolución del problema importantísimo, de si será ó no posible con el tiempo la ideografía universal. Ya que no se realice desde luego, el deseo de un idioma universal que agita hoy á grandes pensadores, seria para la humanidad un magnífico y verdadero intento, el de un sistema de escritura comun para todos los idiomas.

Veo con placer en el prólogo de su libro consagrada una verdad, que he consignado muchas veces de palabra y por escrito. Con razon dice Vd. en ese prólogo que en su laboriosa obra *El ideógrafo taquigráfico*, ha tenido motivos para admirar el bellísimo arte que debe la España á Martí, digno de un recuerdo nacional, y no honra poco al talento de Vd. la declaración de que nunca se hubiera atrevido á girar en el círculo del antiguo sistema, con la pretension de mejorar la taquigrafía martiana. Estas francas y sencillas declaraciones me han bastado para conocer que al formular Vd. un sistema enteramente nuevo, con bases y materiales enteramente distintos, ha dado al par que un testimonio de respeto á la antigua taquigrafía, una prueba de su aptitud y de sus títulos para llevar á la sociedad en un nuevo sistema de adelanto y de progreso.

Soy un ardoroso entusiasta del sistema de Martí, y hasta tal punto, que me he atrevido á enlizar de local la pretension que hombres afortunados del mundo de innovar han formulado alguna vez, alentos solo á obtener una insensata rapidez, sacrificando la claridad que es el blanco primordial de la taquigrafía. Entre los iniciadores de este sistema rápido, pero oscuro, desechan los taquigrafos catalanes, con éxito fatal. El señor Fuentes Villaverde tambien ha inventado otro sistema parecido al catalán, y hará dos años que se publicó otro en Granada en que se trastornaban radicalmente las bases del arte.

Este triste resultado de las nuevas taquigrafías no me ha sorprendido, porque el arte que nos sirve de texto, es una obra maestra bajo todas sus condiciones. El catedrático sucesor de Martí y antecesor mio señor Vela, consagró muchos años al estudio, y concluyó por no introducir reforma alguna trascendental, limitándose al aumento de siete terminaciones.

Me he tomado la libertad de manifestar á Vd. todo esto, para que como tendra cuán sincera es la admiracion que me ha causado su invento. Yo he recorrido con placer todas las páginas de su libro, he estudiado todas las combinaciones de su nuevo sistema, y desde luego le confieso que me parece altamente ingeniosa y conveniente en la práctica la idea de su semiografía, reducida á que cada signo represente una sílaba, en lugar de que cada signo represente una letra, como sucede en la taquigrafía de Martí. A primera vista parece indudable que la semiografía lleva inmensa ventaja de rapidez y claridad á la taquigrafía, porque representando con cada signo una sílaba, parece como que se disminuyen en mas de la mitad los movimientos que tiene que hacer la mano del taquigrafo para representar cada letra con un signo. Sin embargo, debo decir á Vd., que en la práctica extraordinariamente rápida del arte de Martí, el adelanto es *casi igual* al que Vd. lleno de celo y patriotismo propone. El taquigrafo práctico y conocedor del arte, y sobre todo el que lleva muchos años en su ejercicio en el parlamento, no solo aplica á la escritura taquigráfica todas las reglas de supresiones y terminaciones que tanto la abrevia, sino que para usar de una frase vulgar, pero exacta, se come en cada palabra dos ó tres letras, cuya omision en nada se opone á la inteligencia de la palabra que ha querido representar. Para estos existe ya inslindivamente la semiografía, y sin necesidad de molestar su memoria con el estudio y aglomeracion de nuevas reglas encaminadas á introducir una radical variacion en el antiguo sistema, aplican al ejercicio de este arte todas las ventajas que indudablemente encierra el invento de Vd.

Formulada mi opinion de una manera clara y precisa, y fundado en las observaciones que anteceden, creo que el nuevo sistema de Vd. es altamente aceptable para los que no conocen el de Martí, los cuales indudablemente con aplicacion ó invirtiendo algun tiempo mas obtendrán completos resultados en la aplicacion de la semiografía. A los que saben y practican el sistema de Martí, ejerciéndolo, no solo con las supresiones y ventajas verdaderamente artísticas, y por decirlo así legales, sino con las que le sugiere el hábito diario de escribir y la misma imperiosa ley de la necesidad, no les aconsejaré que pospongan el antiguo al nuevo método, toda vez que casi pueden jactarse de haber llegado á la escritura rápida y fácil, al mismo tiempo que clara y completamente inteligible. Pueden pues vivir en el campo de la enseñanza pública uno y otro sistema, sin ser verdaderamente antagonistas sino mas bien hermanos, puesto que uno y otro concurren al mismo fin por distintos caminos y por métodos diversos que honran siempre la memoria de sus autores. Si don Francisco de Paula Martí es digno de un recuerdo nacional por su taquigrafía, don Antonio Aguirrezabal no es menos digno de ese recuerdo por su semiografía, declaración tanto mas sincera, cuanto que la hace un entusiasta de Martí que hoy tiene el alto é inmerecido honor de oír ar, aunque indignamente, el puesto que aquel esclareció con su admirable talento.

Reciba Vd., señor Aguirrezabal, al mismo tiempo que esta opinion sincera y veraz sobre su nuevo sistema de taquigrafía, la seguridad de que hago á su celo y á su talento la justicia que merece, y de que me encontrará siempre dispuesto á cooperar, así en la prensa como en la cátedra, al desarrollo de la oportunísima idea, cuya creacion debe Vd. mirar como uno de sus mas justos títulos al aprecio y consideracion de sus conciudadanos.

Con este motivo se repite de Vd. su afectísimo y seguro servidor Q. E. S. M. — FRANCISCO DE PAULA MADRAZO.

Madrid 25 de junio de 1859.

—GLOBOS AEROSTATICOS:—Hace algun tiempo publicaron los diarios norteamericanos la noticia de que dos individuos, M. Wise y M. La Mountain, habian resuelto el problema de dar direccion á los globos aerostáticos y que se proponian construir uno de grandes dimensiones, y en el cual pensaban hacer un viaje al través del Atlántico. Como á lo que aparece, los atrevidos aeronautas carecian de fondos con que llevar á cabo su ensayo, fué necesario que supiera aquellos un tal M. Gager. Vencida ya esta primera y principal dificultad se construyó el globo, cuyas dimensiones son 60 piés de diámetro y 120 de alto, desde la corona del mismo hasta el fondo de la barquilla. Como la dificultad que habia que vencer era la de dar direccion al globo, M. La Mountain habia inventado con dicho objeto una especie de abanicos giratorios, que en conexion con el globo, servirian á este como de timon, y por medio de los cuales podria el aeronaute dirigirse á donde le viera en voluntad. El mismo señor, en sus observaciones que habia hecho descubierto, segun dice, que á cierta elevacion y con particularidad en el verano, la direccion del viento es siempre uniforme, y de Occidente á Oriente.

Concluido el globo y hechos los preparativos necesarios, resolvieron emprender su viaje, no ya al través del Atlántico, como en un principio se pensó, sino á Nueva York, y desde aqui, si los resultados correspondian á las esperanzas, á Europa. Con este fin se embarcaron en San Luis (Misouri) á las siete de la tarde del día 1º del corriente los susodichos Wise, La Mountain, Gager y un tal M. Hyde, *reporter* de uno de los periódicos de San Luis, encargado de escribir los accidentes del viaje, y provistos de una barquilla de mimbre en forma de canasta que colocaron entre el globo y el bote. Este llevaba 600 libras de lastre, un barril de agua, otro de limonada, pan, vino y otros comestibles, y un saco con correspondencia. Ya en el aire, M. La Mountain se hizo cargo de dirigir el globo. M. Wise del cuaderno de bitácora científico, y M. Gager de la aguja de marear. Acompañó á estos hasta una distancia de 15 millas un tal M. Brook, aeronauta, el cual descendió en su globo en forma de cometa. A las ocho y media de la noche el globo habia ascendido rápidamente y se hallaba en una altura inmensa, en la que los viajeros dicen que se veian circundados de una luz fosfórica que daba al globo la apariencia de una bola de fuego. Abrieron la válvula con mucha dificultad, y empezaron á descender. A las cinco de la mañana del día siguiente divisaron el lago Erie, y á las siete M. La Mountain determinó atravesarlo con el objeto de ver el efecto que producía el agua respecto del gas. Así lo hizo, y nuestros viajeros se hallaron al poco tiempo cerca de Buffalo. Dirigiéronse entonces hácia Rochester con el objeto de dejar allí á Gager ó Hyde, y continuar los demás el viaje hácia las playas del Pacifico. Pero entonces desahogó tal huracán de viento, que nuestros viajeros vieron su vida en inminente peligro. El globo, ya sin gas suficiente para hacerlo ascender, fué arrebatado por el huracan con una luna extraordinaria hácia el lago Ontario.

A las doce y veinte minutos se hallaban sobre Rochester, y el globo siempre descendiendo. M. La Mountain conociendo el grave peligro en que se hallaban, suplicó á sus compañeros arrojasen todo cuanto se hallaba en la barquilla. Así lo hicieron, deshaciéndose de todas las provisiones y el saco de la correspondencia; pero esto no fué bastante, pues sin gas suficiente para sostener el peso que pendia de él, el globo descendia rápidamente sobre el lago, y los aeronautas veian llegar su último momento. Ya sobre el agua, avistaron el vapor *Young-América*, y pidieron á su capitán que se mantuviese al páiro para que los recogiese; pero era tal la violencia con que soplabá el viento, que antes de obtener respuesta alguna, ya se hallaban á una milla distante del vapor. Wise propuso arriar el bote y embarcarse en él, confiando en que algun buque que pasase los recogeria, á lo que se negó M. La Mountain, pues creia segura la muerte de todos ellos, si se exponian á la furia de las olas en tan frágil barquilla; y destrozando la parte inferior del bote, arrojó al agua varios tabloncillos de aquel y parte de sus vestidos, con lo cual logró conservar á flote el globo hasta la una y treinta minutos, en que chocó en la playa cerca de la poblacion de Henderson. Echaron el ancla y esta agarró un pequeño arbusto, pero no era suficiente aquella resistencia á contener la velocidad con que el viento arrebatava el globo, hasta que por fortuna, el ancla agarró una fuerte rama de donde quedó pendiente la barquilla con nuestros viajeros. El globo, hecho pedazos fué recogido por M. La Mountain, quien recibió algunas contusiones. Los viajeros fueron recogidos y llevados á casa de M. Whitney, donde se les atendió cuidadosamente. Tal ha sido el resultado del experimento hecho por M. La Mountain y sus compañeros, quedando el problema de dar direccion á los globos en el mismo estado en que se hallaba antes de la salida de los aeronautas de San Luis.

—FABRICACION DEL PAPEL:—Es tan considerable la extension que va tomando en el extranjero la fabricacion del papel, que se comienza á dudar si llegará época en que haya suficiente trapo en el mundo para su elaboracion. Los Estados Unidos sobre todo vienen á buscar la materia primera hácia en Italia, porque no basta el trapo de la América del Norte para alimentar las fabricas. Para que se forme una idea del papel que anualmente se va fabricando en dicho país, diremos que en 1846 importó de Italia y de otros países 17 900,071 libras de trapo, al paso que en 1853, esta importacion ha ascendido á 63 964,128 libras. Pasan de 250 millones las libras de trapo llevadas á los Estados Unidos en diez años. Los ingleses tambien importan anualmente mas de 10,000 toneladas. Dónde se hace el comercio de trapos en mayor escala es en Toscana. En Trieste hay grandes almacenes donde se reúnen las procedencias del país y las de Egipto y Africa. Saen anualmente de este puerto unos 12 millones de kilogramos de trapo. Francia importa muy equívocas cantidades de este género, porque estando prohibida su salida, tiene bastante con el del país, donde el trapo por falta de concurrencia se expende muy barato. Se ha calculado que solo para alimentar las fá-

bricas de los Estados Unidos se necesitan 180 millones anuales de kilogramos de trapo.

—PROCEDIMIENTO PARA ENGRUESAR LAS FRUTAS:—Se ha descubierto un procedimiento muy sencillo para conseguir que las frutas engruesen: sabido es que el sulfato de hierro (vidrio verde), aplicado bajo la forma de una disolucion en el agua estimula las funciones absorbentes de las hojas, que extraen entonces las raices mayor cantidad de savia. M. Dabreuil, horticultor distinguido, tuvo la idea de humedecer la superficie de los frutos nuevos con una disolucion de sulfato de hierro, y estos frutos engruesaron entonces extraordinariamente. El procedimiento debe verificarse de este modo: se hace una disolucion con un grano y medio de sulfato de hierro por litro de agua: se humedecen los frutos cuando ya no haya de darles el sol. Se repite la operacion tres veces: la primera cuando la fruta tiene ya la cuarta parte del tamaño á que ha de llegar: la segunda cuando llega á la mitad, y la tercera cuando ha adquirido las tres cuartas partes de su volumen. Esta disolucion activa las funciones absorbentes, y comunica á la fruta una gran cantidad de savia con detrimento de las hojas y las hace engruesar.

Medalla conmemorativa de la guerra de Italia.

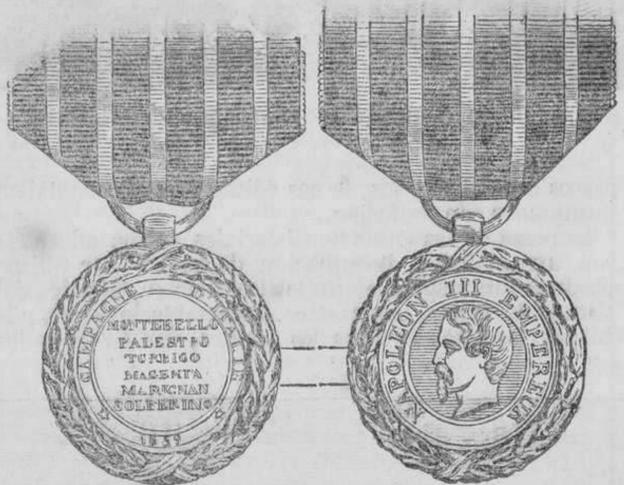
Por decreto imperial inserto en el *Monitor* se ha creado una medalla conmemorativa de la campaña de Italia.

La medalla es de plata y del modelo de 27 milímetros. Por un lado lleva la efigie del emperador con esta leyenda: Napoleón III, emperador; y por el otro, en forma de inserción, los nombres Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignan, Solferino, y al rededor como leyenda estas palabras: Campaña de Italia, 1859.

Este medallón está rodeado de una orla en forma de corona de laurel en relieve por uno y otro lado.

Los militares y marinos que hayan obtenido la medalla la llevarán sujeta al lado izquierdo del pecho con una cinta rayada de encarnado y blanco.

La medalla la concederá el emperador á propuesta de los ministros de la Guerra y de la Marina, á todos los militares y marinos que hayan hecho la campaña de Italia.



MEDALLA MILITAR DE LA CAMPAÑA DE ITALIA.

El Banquete imperial en el Louvre.

(Véase la página siguiente.)

El 14 de agosto el emperador dió un gran banquete con motivo de la entrada del ejército de Italia, en el salón llamado de los Estados, en el Louvre, adornado al objeto con profusion de trofeos militares, escudos, cifras é inscripciones que recordaban los hechos mas memorables de la campaña de Italia.

Fueron convidados á este banquete todos los jefes del ejército: mariscales, generales, almirantes y oficiales superiores jefes de cuerpo.

En el fondo de la sala, sobre el estrado del trono, estaba colocada la mesa para la familia imperial.

En el centro se hallaba la mesa para los ministros, mariscales, almirantes y grandes dignatarios de la corona.

Por último, en torno de la sala corrian otras mesas para los generales, jefes de cuerpo y emplea los civiles y militares de la casa del emperador.

En la mesa imperial tomaron asiento el emperador, la emperatriz, la princesa Matilde, el príncipe y princesa José Bonaparte, los príncipes y princesa Luciano, Joaquín y Ana Murat, la princesa Baciocchi, el duque y la duquesa de Allá, el marqués y la marquesa de Roccajovino y el baron y la baronesa Alondani.

La mesa del centro estaba ocupada por los ministros, los mariscales duque de Malakoff, Randon, Canrobert, duque de Magenta, Bugey y Dubouché, Magnan, Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Niel, el marqués de Lavaursine, y las mujeres de los ministros y de los grandes dignatarios de la corona.

En la tercera mesa se hallaban todos los demás generales, oficiales superiores, empleados de la casa y señoras convidadas por el emperador.

A los postres este se levantó y pronunció el siguiente discurso:

« Señores :

» La alegría que experimento al hallarme con la mayor parte de los jefes del ejército de Italia, sería completa si no se uniese á ella la pena de ver separarse muy pronto los elementos de una fuerza tan bien organizada y tan temible. Como soberano y como general en jefe, os doy gracias otra vez por vuestra confianza. Era muy lisonjero para mí, que no habia mandado ejército alguno, hallar tal obediencia por parte de los que tenian una gran experiencia de la guerra. Si el éxito ha coronado nuestros esfuerzos, me considero feliz atribuyendo la mejor parte á esos generales hábiles y decididos que me han hecho el mando fácil, porque animados del fuego sagrado, han dado sin cesar el ejemplo del deber y del desprecio á la muerte.

» Una parte de nuestros soldados va á regresar á sus hogares; vosotros mismos vais á volver á vuestras ocupaciones en estado de paz. No olvidéis, sin embargo, lo que hemos hecho juntos. Que el recuerdo de los obstáculos superados, de los peligros evitados, de las imperfecciones señaladas, se presente con frecuencia á vuestra memoria, porque para todo hombre de guerra el recuerdo es la ciencia misma.

» En conmemoracion de la campaña de Italia haré distribuir una medalla á todos los que en ella han tomado parte, y quiero que seáis hoy los primeros que la lleven. Pensad en mí algunas veces, y al leer los nombres gloriosos que estan grabados en ella, diga cada uno de vosotros: Si Francia ha hecho tanto por un pueblo amigo, ¿qué no haria por su independencia? »

» Brindo por el ejército. »

Las fiestas del 15 de agosto.

A las seis de la mañana el cañon de los Inválidos anunció la fiesta nacional que ha empezado por actos de beneficencia. Por la mañana se han repartido socorros en especies á las familias necesitadas en los doce distritos de París, por conducto de los alcaldes y de las comisiones de beneficencia.

A la una se ha celebrado un solemne oficio en la iglesia de Nuestra Señora.

Formaban la carrera la guardia nacional, los gendarmes de la guardia imperial y la guardia de París. En las inmediaciones de la catedral habia un numeroso gentío.

Los oficiales de la servidumbre del emperador, las damas de palacio, los ministros, los presidentes de los grandes cuerpos del Estado, senadores, diputados, consejeros de Estado, el prefecto del Sena, el de policía, gran número de funcionarios públicos, generales, magistrados, etc., asistieron á esta funcion que terminó con el *Te Deum*, composicion de M. Sain d'Arod que fué ejecutada por una comision de las sociedades corales de París. En las demás iglesias despues de la misa mayor se ha cantado tambien un *Te Deum*.

Desde el medio día ha ido agrupándose un gentío inmenso en los puntos en que debian tener efecto las diversiones públicas.

A la una en punto se levantó el telon en todos los teatros en que se daban representaciones gratuitas, reinando en todas ellas el mayor orden.

Se calculan en unos 600,000 los extranjeros y provincianos que han venido á París para asistir á las fiestas de estos dos días. Los curiosos que pasaban por la plaza del Carrousel se detenian delante de la reja de las Tullerías para ver los cañones austriacos que despues de la fiesta militar del 14 fueron colocados en el patio.

A la una han empezado simultáneamente las diversiones populares en la esplanada de los Inválidos y en la plaza circular de la barrera del Trono.

En la esplanada han alternado sus representaciones cuatro teatros, dos de pantomimas y dos de aerobatas.

En los entreactos acudian gran número de aficionados á los árboles de caña para obtener el premio, rivalizando en agilidad.

En la barrera de Trono se habian improvisado dos teatros.

A las tres, en el Sena, entre los puentes de Alma y Yena tuvieron lugar regatas y una gran justa oriental ante un inmenso número de curiosos agrupados en los puentes y á orillas del rio.

A las cinco se levantó de la esplanada de los Inválidos un gran globo adornado con la bandera nacional.

En la navecilla iban varias personas que al llegar á cierta altura arrojaron al aire banderas, banderolas tricolores y arena de diferentes colores que formó nubes azuladas, blancas y encarnadas, que al través de los rayos del sol producian un efecto magico.

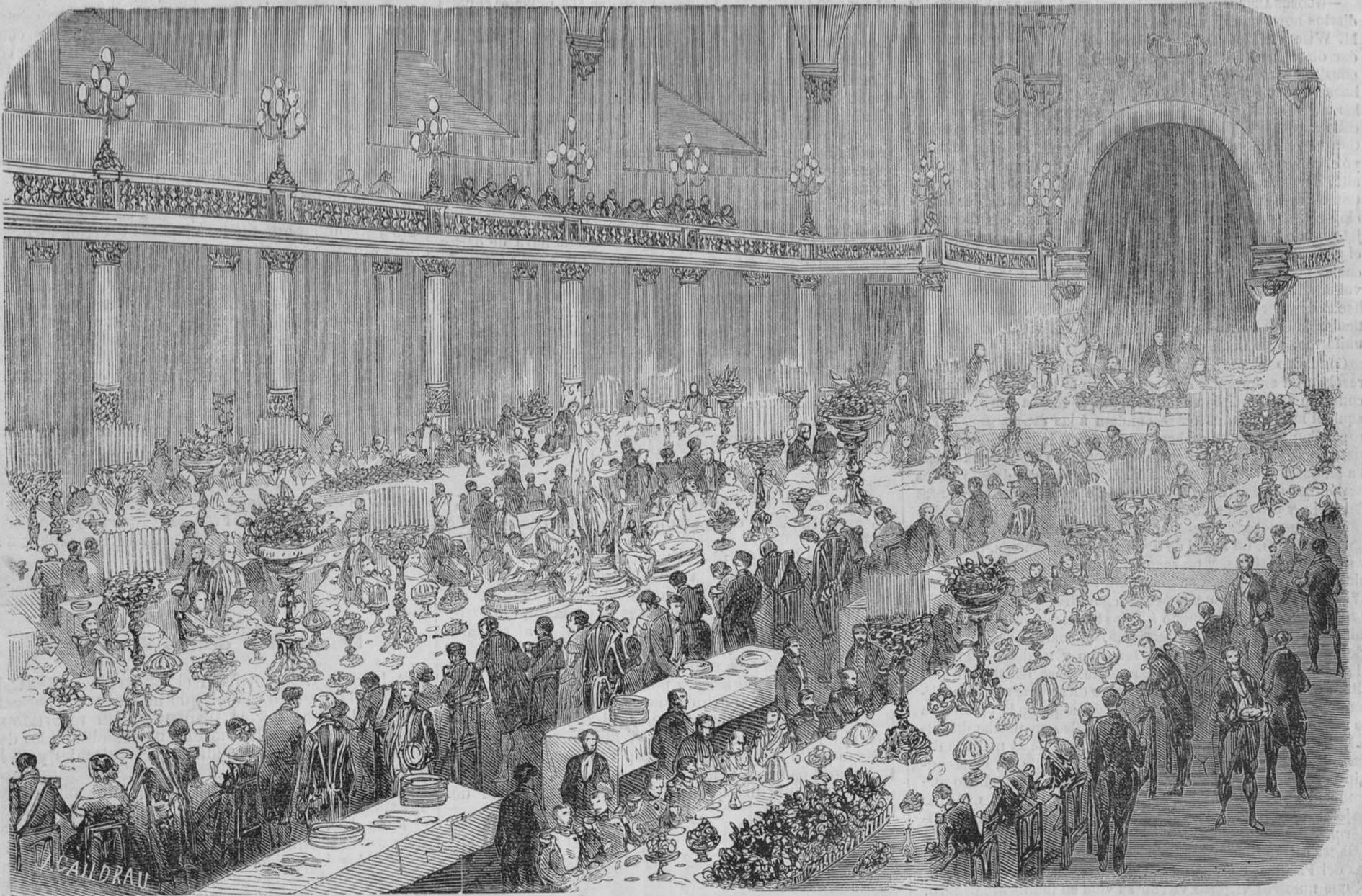
Al medio día empezó á nublarse y el día se presentó lluvioso, pero al empezar las funciones se despejó y se sostuvo constantemente despejado.

De la esplanada de los Inválidos se elevaron varios globos aerostáticos representando varios animales.

Fué notable sobre todo la iluminacion de la plaza de la Concordia y del gran paseo de los Campos Eliseos.

El jardín de las Tullerías, los jardines reservados, adornados con mástiles y banderas, estaban completamente iluminados con vasos de colores y faroles venecianos.

La calle de Rivoli, las plazas de las Tullerías, del Carrousel, Napoleón, de San German l'Auxerrois, los muelles del Louvre, de las Tullerías, de Buly y d'Orsay, los puentes de la Concordia, de los Inválidos y de



BANQUETE DADO POR EL EMPERADOR AL EJERCITO DE ITALIA EN EL SALON DE LOS ESTADOS EN EL LOUVRE.

Alma, el paseo de la Reina, de Antin y de Montaigne, la esplanada de los Inválidos, las inmediaciones del Campo de Marte, el Campo de Marte, el palacio de la Industria, el arco de Triunfo de la Estrella, la columna Vendome, la torre de San Jaime la Boucherie, las puertas de San Dionisio y San Martin, la columna de Julio, la plaza del Trono, el terraplen del Puente Nuevo, los

paseos centrales y los demas edificios públicos estaban iluminados con profusion.

La plaza de las Casas Consistoriales estaba adornada con una brillante iluminacion de gas, y por último producía un mágico efecto la iluminacion eléctrica del Campo de Marte. Los teatros, los establecimientos públicos, las casas en todos los barrios, aun en las calles

de menor órden, estaban iluminados á la veneciana.

A las nueve de la noche se dispararon dos magníficos castillos de fuegos artificiales en el Trocadero y en la barrera del Trono. La decoracion final del Trocadero representaba el templo de la Paz.

Las diversiones públicas terminaron dejando á todos un agradable recuerdo de las mismas.



LOS FUEGOS ARTIFICIALES DE LAS FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO DE 1859 EN PARIS.